

CAPITULO VII

Ometepe y el istmo de Rivas — Antipatía de los indios — Violento ataque de calentura — Moyogalpa — Fealdades cutáneas — Los dos volcanes — Fenómeno meteorológico — Vuelta a tierra firme — Sangre de abolengo — Rivas — La vertiente del Pacífico — Brito — El jicaral — La Concordia — Buque de California en busca de una ciudad imaginaria — San Juan del Sur — Nacascolo — La ruta del tránsito — Lenta combustión de la madera — Las avispas y su oído — Bahía de La Virgen — Río Las Lajas —
Personajes de la política: don Laureano Pineda
y don Fruto Chamorro.

Para últimos de Febrero estuve en la isla de Ometepe y en el istmo de Rivas, región llamada en lo antiguo Nicaragua.

Los habitantes de la isla son indios de raza casi pura, y, como queda dicho, de estirpe azteca. Pocos son los blancos que han vivido entre ellos, de manera que la sangre indígena de esa gente parece no haberse mezclado con ninguna otra. La pureza de su raza y el insólito aislamiento en que han vivido ha hecho germinar en ellos una obstinada antipatía contra los europeos y sus descendientes, antipatía más acentuada que la de los demás indios de Nicaragua. Y tan aferrados están al pasado que sólo hasta muy recientemente abandonaron sus secretas prácticas idolátricas. Un alemán de apellido Woeniger se había establecido allí con un plantío de algodón. Un día al regresar de su trabajo se encontró con que toda su familia había sido asesinada y su casa incendiada. Conocí a este hombre en la ciudad de Rivas, en donde como empleado de la Compañía del Canal era capataz de la ruta terrestre del tránsito. En tal capacidad tenía bajo su mando a varios centenares de indios a quienes trataba con tal arrogancia y despotismo que no me sorprendió del todo saber años más tarde que a él también lo habían matado. Al igual que Woeniger vivió en la isla —por cierto tiempo asociado a él— otro alemán nombrado Campe. A éste varias veces le vi en Granada a donde se había ido a vivir con su familia. Me habló benévola y prudentemente del carácter de los isleños, advirtiéndome sí que siempre era prudente andarse con cuidado. En cuanto a él, dueño de una propiedad en la isla y querido por los indios, no le gustaba vivir allí.

Me embarqué en un bongo de esos en que los isleños llevan sus naranjas, sandías, cocos y otras frutas al mercado de Granada. Campe me había prometido conseguir que uno de sus amigos indios lancheros, me llevara a la isla. Y el 12 de Febrero me dijo que ya estaba todo listo y hablado para que uno de esos me hiciera el viaje por seis reales. En media hora me alisté. Porque llevaba mi equipaje y armas con que siempre viajé en Nicaragua, fui a caballo al embarcadero. Pero cuando hallé al indio tumbado en la arena cerca de su bongo, me pidió seis dólares en vez de los seis reales convenidos. Esto era ocho veces más. Mis protestas, sin embargo, fueron vanas, y cuando al fin me enojé el hombre me volvió las espaldas sin tomarme ya en cuenta para nada. En eso apareció Campe a quien le pedí tratara de arreglar la cuestión; pero aunque hizo lo posible, no pudo meter en razón al indio. "Ese hombre", le dijo el indio refiriéndose a mí, "viene aquí a caballo armado de rifle y pistolas, y como si fuera el que manda aquí. Esa clase de gente no nos gusta en la isla, y no lo llevo por mucho que quiera pagarme". Junto al bongo de ese tipo estaba la más triste bateña en que se le pudiera ocurrir a uno surcar un lago embravecido, como suele estar el de Nicaragua en la época de los vientos alisios. Era un tronco de árbol ahuecado para dos o tres personas más unas cuantas docenas de sandías, cocos y otras frutas. Lo manejaban un viejo y un muchacho. Cuando le pregunté si quería llevarme a la isla puso un montón de pretextos, pero al fin consintió, y antes que se fuera a arrepentir me metí en el botecito.

Salimos de la playa de Granada cuando ya el sol iba cayendo, y porque llevábamos hasta la altura de las isletas el viento en contra, el viejo y su nieto tuvieron que remar muy duro para llegar a una isleta antes que la noche cayera. Pasamos allí unas horas hasta que salió la luna y el viento hubo calmado un poco. De ese punto en adelante nuestro derrotero fue el sudeste, de modo que pudimos usar la vela. El lago estaba muy bravo, y cuando, poco antes del mediodía del día siguiente, llegamos a Ometepe, llevaba ya cinco o seis horas de continuo remojo, y me sentía además tan helado por el viento de toda la noche, que le ordené al indio llevarme a la primera casa que encontrara. Cuando le pagué el dólar del pasaje y quise darle como propina unos reales más, se negó a tomarlos. Se los dí entonces al muchacho, y al ver esto el viejo me dio un fuerte abrazo agradecido.

Me recibieron bien los moradores de un rancho oculto entre árboles y arbustos, distante unos pocos cientos de pasos de la playa. Puse a secar mi ropa mientras me hacían una taza de chocolate (del cacao que ellos mismos cultivaban) y almorcé con palomas que tiré en un árbol de allí no más. Me sentí muy bien. Pero pronto me dominó un extraño letargo y cuando desperté al atardecer tiritaba de fiebre; por la noche el ataque se hizo más violento. El rancho tenía sólo un cuarto que varias mujeres ocupaban, y una de ellas tenía calentura como yo; y puesto que adentro no había lugar para mí, me pasé la noche sobre una banca a campo raso. Varias horas estuve delirando. En la mañana me tomé seis gramos de quinina, y el ataque no se repitió, pero me sentía tan débil que renuncié a la idea que llevaba de escalar el Ometepe.

En la noche sopló un viento tan fuerte que desgajó varias ramas gruesas de árboles cercanos al ranchito. El cielo no tenía una sola nube y la luna y las estrellas brillaron en todo su esplendor. Este extraño contraste es típico del clima de Nicaragua en el verano. En la mañana salí a pasear a la playa. Estaba cubierta de tres diferentes especies de conchas bivalvas que las olas habían dejada allí en la noche. En cierto lugar del lago había tantos peces que con sólo una redada que tiró un muchacho cogió suficientes para la comida de toda la familia. Los pescados pertenecían a las dos especies llamadas mojarras y guapotes que siempre hay en el mercado de Granada. Envié de estas dos y de cuatro especies más del Lago de Nicaragua a mi amigo el Profesor Agassiz, ninguna de las cuales había sido descrita antes, haciendo con ellas seis nuevas especies y dos géneros. La isla tiene dos pueblos y muchos ranchos como ese en que me dieron, no podría decir albergue pero sí buena voluntad y servicios con el confort de una banca para dormir frente a la puerta; comodidades por cierto no despreciables en aquellas circunstancias. Los principales productos de la isla son cacao y gran variedad de frutas, pero en su mayor parte su suelo es pura montaña veteada de potreros y de parajes que parecen jardines. Abundan en ella los animales de caza como decir venados, varias clases de aves de la familia de los pavones tan comunes en Nicaragua, y hay también monos, tigres y leones.

Fui al pueblo de Moyogalpa. Su nombre, en azteca, quiere decir pueblo de mosquitos, pues "moyotl" es mosquito, y "calpa" grupo de casas. El camino va por entre arbustos y matorrales y cruza claros en donde vi caballos y reses medio muertos de hambre errando en busca de algún zacate. En el invierno, época en que los potreros reverdecen, los animales la pasan mejor. Algunos árboles y arbustos son allí como vitrinas de lindas flores. Las casas del pueblo tienen paredes de cañas o barro, y sus techos son pajizos. Algunas se agrupan junto a la playa; esbeltos cocoteros con el airón de sus palmas indican la presencia del poblado. El resto de las casuchas hay que buscarlas entre el monte.

En la familia de uno de los principales moyogalpinos vi un niño de cuatro años con grandes diviesos cuerdos en varias partes del cuerpo. Tenían forma cónica semejantes a puntas recortadas de cuernos pegadas a la piel; y como en la frente lucía uno, parecía tal cual si le estuviera naciendo un cuerno. Tenía otro en la barbilla, y un tercero, más pequeño y muy puntiagudo, en el labio inferior, y varios más en las canillitas. Salvo esas monstruosas deformidades, la piel del niño era muy limpia y tersa. Pero era bizco, y su hermana, una niñita uno o dos años mayor que él, padecía también de esto último, mas no de diviesos. Sus padres eran bien parecidos y saludables. Sin embargo, entre los demás del pueblo vi gente con señales de haber sufrido enfermedades cutáneas.

Con esa misma clase de diviesos vi a otros en Granada. Una joven los tenía en los nudillos de los dedos. Fue donde el Doctor B. a que se los extirpara, y presencié la cura. Cerca de la punta no sintió el pinchazo de la lanceta, pero cuando el doctor punzó más hondo y comenzó a salir

sangre, la paciente dijo que no aguantaba el dolor, y la operación tuvo que ser suspendida.

Las rocas que examiné en la isla son de lava basáltica, iguales a las de las isletas, las que, como dije en su oportunidad, deben haber sido arrojadas por el Mombacho. Así también la lava del Ometepe, junto con todo el material pétreo de la isla, es con certeza producto de sus dos volcanes. Ometepe fue seguramente en tiempos prehistóricos dos islas separadas, hasta que las corrientes de lava de ambos volcanes, juntándose, las soldaron en una sola. La tierra arable es muy poca. En gran parte sus costas son empinadas y rocosas, sin playas tendidas entre el lago y las montañas. El suelo productivo es toba volcánica, como el de Granada. De formaciones de esta clase colindantes con el lago resultan acantilados y profundas cañadas, algunas muy parecidas a los arroyos que ciñen aquella ciudad, y que ya describimos.

Uno de los volcanes se llama Ometepe, lo cual es en este caso un absurdo, ya que una voz que significa "dos cerros" no debe en rigor aplicarse a uno solo de ellos. El otro volcán es el Maderas. Según el Barón Büllow, el primero tiene 5,100 pies de altura y el segundo 4,190. Aquél se puede escalar sin dificultad. Su parte baja es montañosa, la alta es de sabanas; el aspecto general de sus laderas es muy similar al de Telica. El Maderas tiene una vegetación muy densa desde el borde del agua hasta su cumbre. Debe ser, creo yo, muy difícil meterse en esa jungla que sospecho oculta reliquias arqueológicas de los indios.

En el verano, cuando el cielo nicaragüense por meses enteros es como un cristal, una espesa nube corona la cresta del Ometepe, y, si se observa desde el lugar donde yo estuve, se notará que dicha nube vive en constante proceso de formación por el costado noreste de la cima, y que le da vuelta en dirección al sudoeste, en donde está siempre disolviéndose. El viento alisio del noreste, que bate la falda del volcán, se ve forzado a rebasar la cumbre, y teniendo que pasar de una zona caliente a otra más fría de la atmósfera, deja allí disuelta una parte del agua que traía. Así es como se forma la nube en la falda por el lado de donde sopla el viento. Al lado opuesto ocurre lo contrario. El viento baja a la zona más caliente, donde la nube se disuelve, pero no sin que antes una parte de su agua se condense en gruesas gotas de lluvia que he visto caer —hasta en la propia base septentrional del volcán— desde un velo tenue y casi transparente que circunda el cono. Ya antes, en el caso de la cima del Mombacho, me referí a esta clase de precipitación acuosa. Nunca, en mis cinco días de permanencia allí, vi la cresta del volcán sin su nube. Otra cosa que también observé fue que todas las noches bajan de sus faldas ráfagas de viento. No podría decir si con el Maderas ocurre el mismo fenómeno y de manera igualmente regular. Sin embargo, desde lejos lo vi también empenachado de nubes, y este es igualmente el caso del Mombacho.

Me costó mucho conseguir un bote que me llevara a San Jorge, poblado indígena del istmo que bien puede llamarse el puerto de Rivas. En esa

época del año es muy fácil ir allá, y el viaje puede hacerse en poco más de una hora; pero esto mismo dificulta más el regreso, y los botes que de la isla van allá tienen a veces que esperar muchos días en San Jorge hasta que los vientos alisios calmen un poco para poder regresar a Moyogalpa.

Yo llevaba una carta para un hombre muy prominente de la isla. Sus facciones, si bien revelaban inteligencia, dejaban por otra parte ver una mezcla de sangre negra en su linaje. Su esposa, por el contrario, era una mujer alta y señorial de refinados modales todo en ella era muy superior al ambiente que la rodeaba; parecía un ser extraño en aquel entorno de rústica vulgaridad. La verdad es que pertenecía a una familia española pura, y hasta quizá de sangre noble. Los últimos restos de este elemento humano —si es que todavía queda alguno— se perderán muy pronto en la mezcla progresiva de razas en la América Central.

El camino de San Jorge a Rivas cruza por lo que es el mero jardín de Nicaragua. Plantaciones de cacao, maizales y huertas con toda clase de árboles frutales forman murallas de pomposa vegetación a cada lado del viajero que sólo puede ver los objetos más cercanos, con la salvedad de los dos picos de la isla de Ometepe que apuntan majestuosamente al cielo. Todas esas tierras son de fertilidad sin par, y es imposible calcular lo que podrían producir si se las cultivara con inteligencia. El cacao es el producto principal de esa región de Nicaragua. La vista desde las lomas hacia el oeste de la ciudad es de belleza indescriptible. La planicie, de un verde parejo, desciende suavemente hacia el lago.

La ciudad de Rivas, cuando la vi, estaba más de la mitad en ruinas, y se le partía a uno el alma contemplar sus paredes desmoronadas por la doble acción de los temblores y una sangrienta guerra civil. Rivas ha sufrido los horrores de ambas tragedias en un corto tiempo. Cuando yo estuve allí vibraba en el ambiente un espíritu de actividad producido por la esperanza del proyectado canal interoceánico que, de haber sido construido, las casas ahora en escombros hubieran sido reemplazadas por otras nuevas. Por todas partes vi hombres ocupados en derrumbar viejas paredes, en hacer adobes, en cortar madera, y en otros trabajos de reconstrucción. El impulso hijo de aquella perspectiva se advertía más en Rivas que en cualquier otro lugar de Nicaragua, pues esa ciudad está situada muy cerca de la línea que se decía seguiría el canal. Pero ya es bien sabido en qué quedaron tales esperanzas. A la desilusión sufrida siguieron las montoneras y los estragos del cólera, de manera que, si las condiciones en que se encontraba Rivas han cambiado, habrá sido sólo para empeorar.

Por lo que dejaban traslucir los reconocimientos geodésicos preliminares, personas relacionadas con los ingenieros que se ocupaban en esos trabajos en el istmo de Rivas, decían que el canal seguiría la línea de mayor depresión geográfica entre la cabecera del río Las Lajas, en el Lago de Nicaragua, y un lugar llamado Brito, en la costa del Pacífico. Como yo quería formarme una idea de lo que era esa parte del país, me hice de un guía y un caballo para ir a darme cuenta.

No pretendo dar una opinión personal respecto de ese gran proyecto que cuando yo estuve allí se hallaba en vías de realización. De aquellos días para acá ha salido a luz un informe oficial de los estudios hechos, y a ese documento remito al lector para que se dé cuenta de cómo es la cosa. Porque aun cuando se hiciera un corte entre el Lago de Nicaragua y el Océano Pacífico lo bastantemente hondo para abastecer el canal con agua del lago, la cuestión estaría todavía en duda, ya que no se sabe si los drenajes que habría que hacer bajarían el nivel del lago hasta el punto de hacer impracticable la canalización. Con esto no quiero decir que sea imposible, pues la cantidad de agua que derrama el lago por vía del San Juan podrá, de alguna manera, ser regulada a fin de reducir el drenaje en ambas direcciones a la cantidad de agua que ahora sale sólo por el San Juan. Pero con respecto a cualquier ruta que pudiera recomendarse entre el lago de Managua y el Océano Pacífico, la idea que acabo de exponer, si no estoy muy equivocado, entraña una imposibilidad. Conforme a lo anotado en el Capítulo V, vimos que el Lago de Managua no tiene desagüe al presente, o por lo menos es así en el verano. En estas condiciones ese lago, cuando más, tiene un nivel invariable; y puesto que sería necesario un doble drenaje para conectarlo por un lado con el lago más bajo, y con el Pacífico por el otro, no cabe duda de que si se le incluyera en la ruta del canal, el resultado sería una rápida disminución de su nivel.

Las tierras entre la ciudad de Rivas y Brito son onduladas y saludables. Toda la región de allí hacia el noroeste, con inclusión de las inmediaciones de Jinotepe, y más allá todavía, es en éste, como en muchos otros respectos, muy a propósito para el establecimiento de inmigrantes, si es que algún día la corriente migratoria de Europa se encauza hacia Nicaragua. Aquí, viviendo en una región fértil y saludable, y de belleza panorámica sin par, tendrían los inmigrantes la inapreciable ventaja de quedar entre las costas de los océanos Atlántico y Pacífico, siendo tan sólo una distancia de pocas millas la que los separaría del lago por un lado, y del mar por el otro.

Saliendo de Rivas el camino pasa entre bellos plantíos y jardines y se sube una serranía; ésta en su cima tiene una planicie con sabanas pringadas de árboles y matorrales. Hay palmas de coyol por todas partes. Más adelante el camino penetra en la montaña cuyos árboles se hacen más y más corpulentos a medida que el viajero se acerca al mar. En esta montaña llegué a una corriente de aguas cristalinas sobre un lecho de arena y piedras, abundantes pececillos y delicadas conchas univalvas; y aquí hallé señales hechas por los ingenieros de la compañía canalera. Ya fuera de la montaña llegué a Las Salinas, marisma acordonada de arbustos muy peculiares. Sobre una mula unos indios cargaban sal que recogían de las partes secas del suelo. Donde éste es húmedo se hace un lodo profundo y duro que parece impasable.

La costa del océano se abre aquí en una larga y suave curvatura de noroeste a sureste. Hasta donde alcanzaba la vista no descubrí más que un trozo de playa de cien o doscientos pasos entre el agua y los árboles de la montaña. Nada tan liso y limpio como la arena de esa playa, pero unos

cuantos peñascos negros surgían en la lejanía y contra ellos se estrellaban las olas formando nubes de agua atomizada. Hacia el sureste, en dirección a Punta Elena, uno de los cabos formados por las montañas de Costa Rica detenía la vista.

Mi propósito era continuar sobre la costa en esa dirección hasta la pequeña bahía de La Concordia, o sea San Juan del Sur, deshabitada en aquellos días, al igual que Brito, lugar en donde me encontraba, pero el guía me aseguró que no podría irme por allí porque unas peñas cortan el paso, ni por la montaña tampoco porque no había camino. Así pues, tuve que regresar a Rivas y coger otra ruta para San Juan del Sur.

De Rivas a ese puertecito el viajero toma un camino que, después de llegar a la costa del Pacífico, sigue hasta Costa Rica. Con excepción de unas pocas haciendas de ganado en la montaña, lo demás es pura soledad, pero la fisonomía de la naturaleza es muy variada. Allí fue donde por primera vez vi un jicaral. Este, que es una de las características del país, merece unas cuantas palabras. El nombre científico del árbol es "*Crescentia cujete*", y de la cáscara de su fruto se hacen las jícaras y los huacales, recipientes de uso doméstico muy común y cotidiano. Hacen las primeras de una especie de jícara más pequeño y aovado, en las cuales los nicaragüenses beben su tiste o su pinol. Los huacales se hacen de una especie de jícara más grande y esférico que parten en dos y lo utilizan generalmente para tomar agua, atole y otras bebidas. Miden éstos a veces hasta un pie de diámetro. Cultivan el árbol para hacer los utensilios domésticos mencionados; pero del que hablamos aquí es un árbol silvestre que da frutos del tamaño de una naranja grande. El árbol es pequeño, con gran número de largas, delgadas y tortuosas ramas cubiertas de pequeñas hojas ternadas; pero se le arrima una parásita bromeliácea de manojos de hojas rayadas en rojo y verde, como los colores de las lapas. Un observador poco curioso creería que son flores del árbol. Para formarse una idea de lo que es un jicaral, debe uno figurarse a muchos de estos árboles esparcidos en un llano cuyo suelo es barro duro y negro, y situado topográficamente de tal manera que se inunda en el invierno y entonces se convierte en un solo lodazal. En el verano esa tierra se endurece hasta tener consistencia de piedra y se agrieta en todas direcciones, de modo que a veces se vuelve sumamente escabrosa y por su color negruzco parece lava. Entre unos árboles y otros crecen macollas de zacate áspero, y también arbustos de aroma mimosa con sus suavemente perfumadas candelillas amarillas. Bajo los jicaros se ven siempre en el suelo sus frutos que el ganado come con regusto, pues su pulpa succulenta les mata el hambre y también la sed. Sin embargo, las osamentas de mulas, reses y caballos que motean los jicarales son a su vez característica de ellos, ya que muchos de estos animales mueren allí por falta de qué comer y beber en el verano. Los jicarales abundan en Nicaragua y en mayor escala al pie de la cordillera que cruza Chontales, Matagalpa y Nueva Segovia.

Otra particularidad de la tierra entre Rivas y San Juan del Sur es la de ciertos pequeños oasis que se mantienen húmedos. Crecen allí unos ma-

torrales verdes con hojas brillantes similares a la mayoría de las especies tropicales de la higuera, a las cuales pertenecen. Cuando se quiebran sus hojas o ramas mana de ellas una considerable cantidad de látex. En torno a los oasis de árboles verde-oscuro hay zacatales secos y arbustos esparcidos que cuando los vi estaban cargados de flores amarillas, blancas, rosadas y lilas, y daban al paisaje el aspecto de un parque inmenso.

Más al oeste, por donde las lomas comienzan a elevarse hasta alcanzar alturas de por lo menos mil pies sobre el nivel del mar, según mis cálculos, el camino entra en la serranía que allí corre paralela a la costa del Pacífico. Llegué a una quebrada de revueltas cascadas en donde vi muchos árboles de hule, una de las varias especies de las que se extrae el látex de ese nombre. Las piedras sobre las cuales corre el agua, y también las de la vecindad, son depósitos recientes de carbonato de cal superpuestos en capas paralelas, y de estructura semejante a estalactitas. Rocas terciarias de formación caliza y arenisca, algunas todavía en etapa metamórfica, similares a las rocas de las lomas de Jinotepe, parecen constituir también la serranía costera de por esos lados, pero la tierra está de tal manera cubierta de vegetación que para un viajero que sólo va de paso resulta imposible, por falta de tiempo, hacer observaciones capaces de dar una idea positiva de la naturaleza geológica de la región. En el camino de San Juan del Sur a La Virgen vi fragmentos de piedra caliza amontonados cerca de un horno de cal, mas no pude ver entre ellos ni un sólo fósil. Provenían de una pedrera cercana, pero por la urgencia que llevaba de llegar a cierto lugar antes que anocheciera, no pude ir allá.

A la orilla de un río mi guía mató de una pedrada un bello espécimen del llamado "rey de los zopilotes".* Sentí entonces no tener conmigo los medios para disecarlo y habérmelo llevado. Esta ave del orden de las rapaces es, según creo, el "*Cozacoate*" de Oviedo. Buschmann le aplica el nombre azteca de "*Cozcaquautli*", derivado de "quautli", que es águila, y de "cozcoatl", que quiere decir joya, palabra compuesta que el sabio lexicógrafo traduce como "el águila de cuello".¹² Me sorprendió la certera puntería del guía. Pero personas veraces me aseguraron que hay campesinos nicaragüenses capaces de matar hasta un venado de una pedrada.

La pequeña bahía de La Concordia, que un año más tarde habría de entrar en auge y sería conocida con el nombre de puerto de San Juan del Sur, era, en aquellos tiempos, un punto geográfico sin una sola casa o rancho. Pero un día se resolvió que los vapores de San Francisco entraran en ella. Y se convirtió en la terminal occidental del camino que, con el nombre de "Ruta del Tránsito", estaba entonces construyéndose, y que ahora es famosa tanto en la historia americana de la comunicación interoceánica, como por las intrínquilas económicas y políticas norteamericanas,

* (Así en español).

¹² El profesor Lichtenstein, según ha dicho Buschmann, no tenía certeza de que el "*Cozacoate*" de Oviedo fuese el "*Vultur sarcoramphus*" o "*icterus*". Yo digo que el ave víctima de mi guía era un *Sarcoramphus papa* o de una especie muy similar a éste.

y también por las revoluciones de la América Central. Cuando estuve allí sólo se habían puesto señales a lo largo de la línea que iba a ser la ruta del tránsito, y en la playa vi a tres o cuatro hombres atareados en levantar un cobertizo de palmas que sería la futura primera casa del puerto de San Juan del Sur, y el cual, en la noche que pasé en ese interesante lugar, fue mi alojamiento. Fuera de esto no se veía ninguna otra señal de actividad humana en la bahía. Una densa montaña tupía los alrededores y hasta el borde del agua llegaban unos árboles elevadísimos. Por entre un manglar pasa un estero que desagua en el mar. En la playa había millares de conchas y caracoles que, al acercarme, huían con divertida celeridad llevando sobre su lomo una conchita en la cual se habían instalado.

En el fondeadero estaba anclado un barco de vela, del que, mientras me paseaba por la playa, se desprendió un bote de remos. Llegado frente a mí saltaron de él dos caballeros, uno de los cuales me preguntó en inglés por dónde quedaba el puerto de San Juan del Sur. "Aquí mismo, y esta es su calle real", le respondí, "y eso de allá es el mejor hotel".

De nuestra plática resultó que el caballero era Mr. Hall, de San Francisco, dueño del bergantín venido hasta San Juan del Sur en busca de comestibles. El lector podrá fácilmente hacerse cargo de la desilusión del señor Hall al darse cuenta de que había viajado miles de millas hacia una ciudad imaginaria con el propósito de abastecerse de víveres en un lugar en donde no había suficientes provisiones para alimentar a seis hombres en un día, y en donde hasta mi caballo —aun semimuerto de hambre como estaba— se negaba a comer las hojas de los zarzales que crecían por allí. El señor Hall se convenció por sus propios ojos observando todo con la calma de un hombre curtido ya en esos trajines por haber visto nacer las poblaciones de Stockton y Sacramento, y se limitó a decir que en San Francisco circulaban planos de San Juan del Sur con sus calles y nombres respectivos, así como también de edificios públicos, y que ya se estaban vendiendo allá solares para edificar.

Pasé la noche bajo el cobertizo atormentado por centenares de diminutas garrapatas que metiéndoseme en la ropa me barrenaban la piel para enraizar en ella. Todos los viajeros han hablado de este arácnido como una de las plagas más molestas de la América Central, pero la verdad es que también abundan en Texas, Luisiana y otros estados del sur de Estados Unidos. Y hasta en un simple paseo por ciertos parques de Nueva Orleans, puede uno ser víctima de esos abominables insectos. Pero al fin me dormí al son de un viento endemoniado que, aun cuando las estrellas brillaban esplendentes y la brisa era sosegada y fresca, doblegaba los árboles añosos de la selva, y me hundí luego en el sueño al murmullo de las olas que al romperse en la arena nos empapaban con una lluvia de salpicaduras salitrosas. Al despertar muy temprano vi la playa cubierta de grandes anguilas y otros peces muertos que la marea había arrojado. Las anguilas tenían manchas atigradas y se dice que son ponzoñosas, y hasta se asegura que matan a los peces a distancia.

La bahía es de forma casi circular, con una estrecha entrada que atalayan dos cerros muy escarpados. Bastante cerca, al otro lado del cerro del norte, está la bahía de Nacascolo, un poco más pequeña, pero de forma similar. El angosto y elevado promontorio que separa las dos bahías no es muy alto, y si algún día surgiera allí un poblado de importancia, bien podrían San Juan del Sur y Nacascolo formar una sola ciudad.

Cinco años habían pasado cuando, en Octubre de 1855, de vuelta de California, desembarqué en San Juan del Sur. El tropel de viajeros y la prisa que todos llevaban para pasar de un lado al otro del istmo, no me dieron tiempo de examinar la localidad que, desde mi primera visita, había surgido allí; no tuve tiempo siquiera de averiguar el número de casas y de habitantes que tenía. Pero creo que las casas no pasaban de veinte. Eran de madera importadas de Estados Unidos y listas ya para armarse. Estaban bien ubicadas, dispersas entre árboles de la montaña primitiva que habían sido respetados. El puertecito parecía bien situado y confortable.

No podría decir en qué estado se encuentra ahora esa naciente ciudad después de haber sido interrumpido el tránsito interoceánico a causa de la intrusión de Walker, el filibustero. Cuando últimamente estuve allí, en 1855, el aventurero había hecho del puerto su cuartel general, y le vi sentado frente a su tienda de campaña plantada en las afueras. Fue eso el 3 de Octubre, no mucho antes del día que tomó la ciudad de Granada convirtiéndose poco después, aunque por corto tiempo, en amo de Nicaragua. Sobre este extraordinario episodio hablaré en otro capítulo.

En 1855 el camino del tránsito entre San Juan del Sur y La Virgen se encontraba en condiciones tolerables, y los pasajeros del vapor "Cortés", en cuya compañía crucé el istmo, lo encontraron tan seco —para ser un lluvioso mes de invierno— que se apearon de las diligencias para caminar y así poder hacer algún ejercicio entre los cansados viajes marítimos del Pacífico y del Atlántico. La caminata fue realmente agradable; todos la disfrutamos. Las bellezas panorámicas contempladas al subir las lomas y la pureza del aire que respirábamos allá arriba nos sedujeron por completo.

Pero no debo olvidar que he de hacer volver las hojas del calendario a Febrero de 1851. En aquel entonces no había tal camino del tránsito, y la línea que éste debía seguir según los ingenieros estaba apenas marcada a través de la montaña. Costó mucho guardar el secreto de los lugares en donde planeaban fundar las dos terminales de la ruta, en el lago y el Pacífico. Pero una vez que hube encontrado las señales dejadas por los ingenieros, seguí su curso hasta la orilla del lago. Llegué al punto exacto en donde sería poco después La Virgen. La distancia entre este lugar y San Juan del Sur es de doce millas. En el cruce de la montaña vi varios troncos caídos que ardían muy despacio. El fuego, habiendo comenzado en uno de sus extremos, no alzaba llama; era más bien como la brasa de un cigarro, y avanzaba tan lentamente que mientras lo estuve contemplando no vi que adelantara nada. Pero, por las cenizas del suelo,

deduje que ya se había quemado una buena parte, y el guía me aseguró que más de un mes antes ya lo había visto ardiendo. Hechos mis cálculos creo que tardaría tres meses en consumirse. Sin embargo, no garantizo el aserto del guía.

Dormí en la hacienda La Sebadilla, situada cerca del camino a distancia igual entre el mar y el lago. En la noche me encontré allí con un inglés a quien ya conocía; era capataz de una cuadrilla de indios que trabajaban en la construcción del camino. Me invitó a pasar la noche en su habitación, y en la mañana partimos juntos para Rivas.

Salimos muy temprano siguiendo las señales de los ingenieros entre el monte. En los árboles de los lados vi muchos avisperos de forma aovada. Me aconsejó el guía no hablar en voz alta cerca de ellos, porque las avispas, que eran grandes, se irritaban con la bulla y podían atizarnos. Apenas si le creí. Pero al ratito, yendo yo unos pocos cientos de pasos atrás, vi un avispero que medía por lo menos cuatro pies de diámetro, grité a los otros que vinieran a verlo, y me ví de repente envuelto en una nube de esos himenópteros. Piqué espuelas y salí a todo chifle. Mi acompañante, a quien pasé en carrera, me siguió. Las avispas, entre tanto, caían sobre nosotros metiéndose entre el pelo y clavándonos sus agujones en cualquier parte que podían. Temí las consecuencias porque nos inocularon un humor acre y ponzoñoso; pero el dolor duró poco, la inflamación fue leve y pronto nos pasó. Total, que las consecuencias no fueron peores que las sufridas a causa de los piquetazos de un número igual de mosquitos. En otra ocasión el disparo de un rifle provocó la misma tormenta en un avispero. Y fue que al tirar yo un pájaro, el compañero que tenía a mi lado pegó un grito tal que hasta creí le había dado a él el tiro. Pero resultó que al oír el disparo las avispas salieron esta vez también en turbión a castigar al escandaloso.

En aquellos días en La Virgen tampoco había dónde alojarse. Tenía ese lugar nombre de bahía, pero era sólo una como dentellada del lago en la costa. Su playa es un manto de lava negra. En 1855 ya había allí casas de madera en fila hasta el muelle de los vapores. La casa más grande donde la Compañía del Tránsito tenía sus oficinas y bodegas, era también residencia de su agente. Por la escasa profundidad del lago los vapores no pueden acercarse a la playa, y, dado que la reventazón es muy fuerte, el embarque y desembarque de centenares de pasajeros es engorroso. Muchachas morenas y de ojos negros han instalado allí puestos de venta ofreciendo a los pasajeros chocolate, café, limonada, licores, naranjas, piñas y demás frutas del país. Ese lugar era, cuando yo pasé, el más caro e inhóspito de cuantos conozco. Por un lugarcito en el puro suelo de uno de esos hoteluchos en que me alojé para pasar la noche, sin ninguna comodidad, pagué tres dólares. Fuera de la casa había una banca de madera en la que un hombre se sentó, y cuando uno de los mozos del hotel lo vio se le acercó para decirle que si quería sentarse en ella debía pagar no sé cuánto.

Entre La Virgen y el poblado de San Jorge está el río Las Lajas que nutre copiosamente al lago. Una barra de arena lo ciega en el verano; pero su desembocadura es profunda hasta en esa época del año, y se me informó que se interna un buen trecho en la montaña. Según rumores, como queda dicho, este punto sería la terminal oriental del proyectado canal interoceánico entre el lago y el Pacífico. Las tierras de una de las riberas del río pertenecían a un viejo hacendado a quien encontré plenamente convencido de que de ahí a pocos años todos los barcos del mundo pasarían frente a su casa en viaje del Atlántico al Pacífico, y viceversa, así que ya estaba preparándose para proveerlos de frijoles, papas y toda clase de víveres. Le pregunté si no quería vender parte de sus tierras. “No hay quién tenga con qué pagármelas”, me respondió sonriendo. Pero añadió que por unos pocos años podría alquilar parte de ellas a diez dólares la caballería. Parece que el pobre hombre, vista la disparidad de sus grandes esperanzas con su modesto nivel de vida, no tenía ni las más elementales nociones de economía.

Sea como fuere, la desembocadura del río Las Lajas es uno de los mejores puntos de las orillas del Lago de Nicaragua para construir el proyectado canal. Su suelo y clima son excelentes, y allí se cosechan en abundancia muchos productos tropicales. Su situación es de lo mejor que pueda imaginarse, y si se trata de sus atractivos panorámicos, es ideal para radicarse uno allí con su familia, pues no los hay más bellos en el mundo.

Me volví a Rivas, de donde mandé a Granada por mi caballo. Mientras lo esperaba hice en la ciudad amistad con dos personajes que han tenido muy alta posición en la vida pública de Nicaragua. Uno de ellos fue el licenciado don Laureano Pineda, abogado que entonces ejercía su profesión allí, y que poco después sería llamado a ocupar el cargo de Director Supremo del Estado, pero no duró mucho en el puesto. El señor Pineda tenía plante y modales de caballero, y era además popular. Se ha dicho que cuando se dirigía a la capital a ser juramentado manifestó que no obstante presentir que iba directamente a la muerte, estaba resuelto a cumplir con su deber ciudadano. Conocía a fondo los sentimientos exacerbados de los políticos de su patria. Con su elección se esperaba limar asperezas, pero resultó lo contrario, ya que ello provocó un estallido de las pasiones contenidas. Apenas juramentado, ambos partidos se acusaron mutuamente de conspirar para llegar a la violencia, y a las acusaciones siguieron los hechos. Una noche el gabinete de León fue arrestado. Sus miembros fueron sacados de sus casas, montados a caballo y expulsados del país. Sin embargo, el destierro del señor Pineda no fue largo. De El Salvador, en donde estaba exiliado, tomó un vapor inglés para San Juan del Sur; de allí se dirigió a Rivas. Mas, como en su ausencia la situación política había cambiado de raíz, no recuperó el cargo.

Una figura pública de mucho mayor relieve era don Fruto Chamorro, en aquellos días Prefecto del Departamento de Rivas. Conversé con él acerca de un proyecto para llevar una colonia de alemanes a San Juan del Sur, a lo que se opuso de plano. Nicaragua, me dijo, en forma cortés pero ter-

minante, no quiere ver extranjeros fincados en su territorio; y cuando le objeté su argumento exponiéndole la opinión contraria del General Muñoz, me replicó que la influencia del general cesaría en breve.¹³ Pocos meses después don Fruto, al frente de cuatrocientos hombres, marchó sobre León, en donde al partido al cual pertenecía Muñoz había impuesto un gobierno opositor. El general cayó en manos de su adversario, y habiendo escapado a la pena de muerte, fue enviado al destierro. De estos dos hombres me ocuparé más adelante.

El 4 de Marzo estaba ya de vuelta en Granada. El camino cruza algunas de las más bellas tierras del país, y lo son aún más cerca de la base del Mombacho, por el sur; la falda de ese lado tiene fisonomía mucho más interesante que la del norte. Por el hecho de estar desgarrado el borde del farallón del sur, se puede ver fácilmente el farallón del norte.

Dormí en Nandaime, pueblo grande situado al pie de la falda sudoeste del Mombacho. Esta planicie se mantiene verde y húmeda todo el año gracias a la exudación que causa el volcán, como dije antes. Tiene varios manantiales y sus habitantes se dedican especialmente a la siembra del arroz, grano del que Nandaime es el principal productor en Nicaragua.

¹³ A mi regreso a Granada escribí al general hablándole de las ideas de su adversario político. En su respuesta, fechada en León el 20 de Marzo, me decía: "Mi influencia estará siempre en favor de la colonización, y mucho más del pueblo alemán, que por muchos títulos y grande interés es acreedor a nuestras deferencias". La divergencia de opinión de estos dos hombres era el dictamen de sus respectivos partidos.

CAPITULO VIII

Viaje a Chontales y la Mosquitia superior — El Pasó de Panaloya — Los jicarales — Masapía — Quema de potreros — Cordilleras paralelas — Juigalpa — Opalos en Nicaragua — Antiguas fortalezas indígenas — Zona minera — El aguilucho — Minerales — Acoyapa — Serpientes de Nicaragua — Bello espécimen de ave zancuda — La supa, o pijivalle — El nancite — El borde de la meseta — Observaciones hidrográficas — Cambio de escenario — Vista desde la cumbre — Clima de la meseta — Los indios sumus y los antiguos chontales — Lóvago y su población — Núcleos de nahuas — Costumbres de los sumus — Don Luciano de la Cuadra — Pavones de Nicaragua — Una arpía blanca.

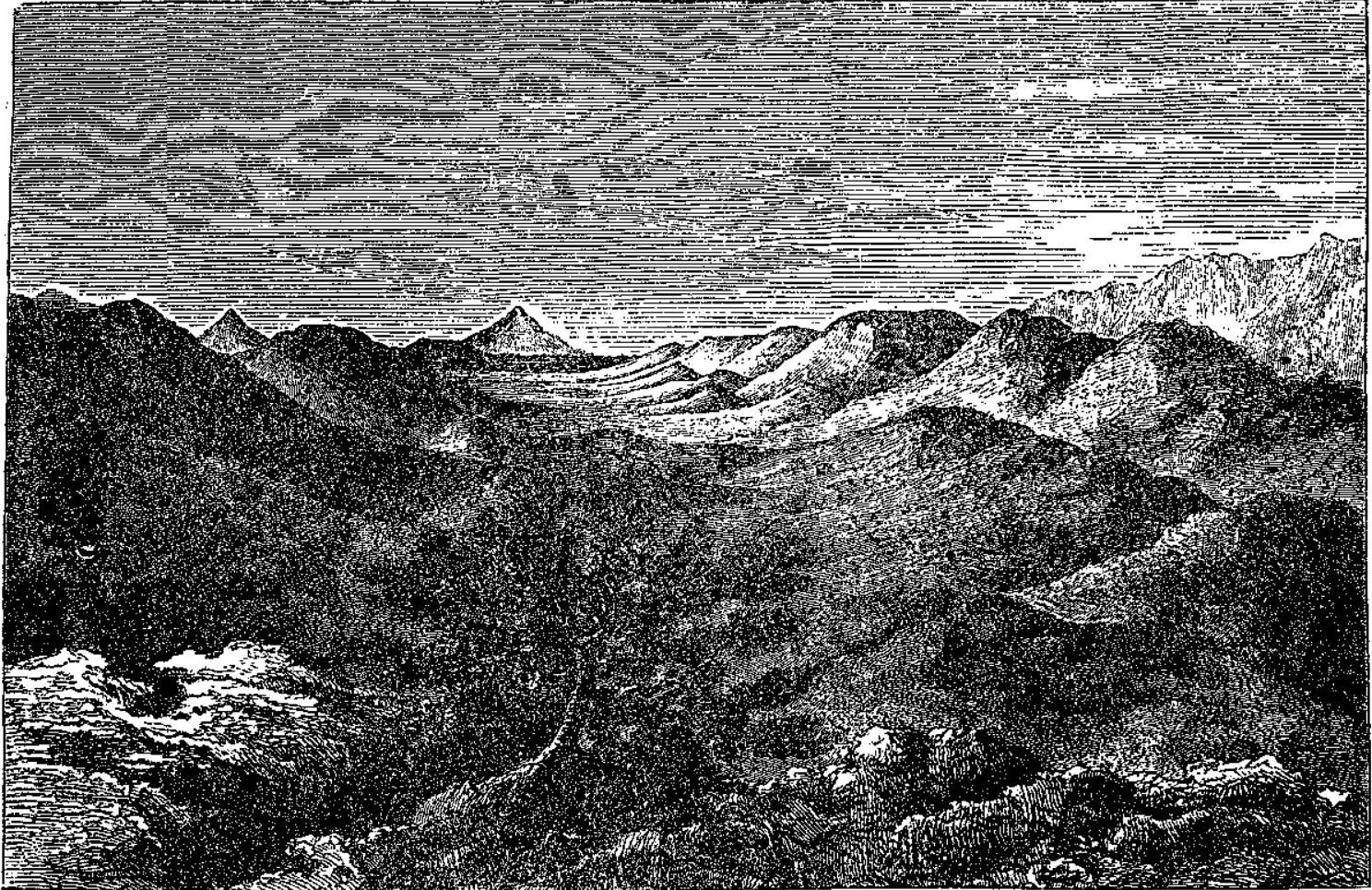
El 21 de Mayo un grupo de cuatro, entre los cuales iba yo, salimos de Granada en viaje al Departamento de Chontales. Este es el nombre de la tierra comprendida entre la margen noreste del lago y la meseta de la Mosquitia superior.

La brisa fresca de la mañanita y la arena lisa de la playa reconfortaban el espíritu. Ningún otro paisaje natural que yo conozca puede compararse a la belleza que tiene una hermosa mañana en Nicaragua. Y sobre esa playa cabalgamos veinte millas rumbo norte. Nuestras bestias, manoteando con bríos, se mantenían muy junto al agua donde la humedad de la arena daba firmeza al suelo; de cuando en cuando una ola les mojaba los cascos. No podría nadie imaginarse un camino mejor y más ameno que ese. Bandadas de gallinitas de agua y muchas otras zancudas se escurrían entre las patas de los caballos. A nuestra izquierda el rebullicio de loras y chocoyos en las ramas de los árboles; por la derecha la vista se recrea sobre el vidrio del lago hasta dar con las montañas de Juigalpa, punto final de nuestro viaje. El cielo en lo alto de este esplendoroso paisaje era de prístina pureza, rayado sólo por el vuelo de una tijereta remontada a gran altura. Este pájaro, del cual hay allá dos clases, corresponde a dos especies diferentes del "*Tachypetes*" o "*Fregata*", y es una característica del panorama nicaragüense. Su nombre español se deriva de tijera, por sus dos largas plumas caudales.

En el poblado de Los Cocos el camino deja la playa para entrar en una selva de árboles robustos, entre los que se ven muchas palmeras de anchas hojas en forma de abanico, y otros también cuyas raíces se separan a considerable altura del suelo. Atravesada esta montaña llegamos al estero de Panaloya, largo, profundo y angosto brazo del lago que, mientras el río de Tipitapa esté corriendo, forma su desembocadura. La voz Panaloya, según Buschmann, significa transborde, proveniente de la voz nahua "pano", que es transbordar. Su nombre español es Paso Real de Panaloya.

Con cierta dificultad cruzamos el estero debido a que una de las bestias no podía nadar y amenazaba con hundir la barca transbordadora. Mas al fin llegamos sanos y salvos a la ribera opuesta, de donde proseguimos nuestro viaje. El camino cruza trechos montañosos y extensos jicarales, en los que me sorprendió ver algunos cactus o cardones globulares con pequeños frutos colocados en una tierra que, por lo menos durante tres cuartas partes del año, es una sola ciénaga, aunque cuando nosotros pasamos por allí estaba seca, con profundas grietas ramificadas en todas direcciones, y duras como piedras. Esta es una sección de la zona de jicarales mencionada en el último capítulo que se extiende a lo largo del pie de la meseta de Chontales, Matagalpa y Nueva Segovia. En el invierno esta faja cenagosa impide toda comunicación con las regiones más altas del país, y aun en el verano en algunas partes se endurece únicamente la superficie, mientras que en otras, como por ejemplo en donde hay manantiales, es perpetuamente cenagosa. Pasamos por algunos de estos trechos, visitados por gran número de patos reales tan grandes como gansos.

Al anochecer llegamos a la casa-hacienda de Masapia, en donde pasaríamos la noche. Esa casa, y las de los mozos, están en una loma lisa y combada, entre altas montañas cercanas. Las rocas de allí son de traquita y fonolíticas, en estado más homogéneo o porfidico. Aquí, en la margen del lago, comienza una serranía que se alarga hacia el sudeste y termina al sur de Acoyapa. La hacienda está hermosamente ubicada, pero en el verano la tierra se reseca, aun cuando en las cercanías tiene un pequeño río que nunca deja de correr. Allí no había nada que darle de comer a los caballos, por lo que tuvimos que mandarlos a pasar la noche en un potrero distante varias millas del lugar. La hacienda, como todas las de Chontales, es simplemente un sitio para tener ganado, sin los mínimos adelantos agrícolas. Antes de que comiencen a caer las lluvias en Nicaragua se quemaban los potreros secos. A eso se debió que en la noche viéramos en llamas las faldas de algunos cerros cercanos. Gracias a que el zacate es generalmente ralo en esas faldas pedregosas, el fuego no causó mucho daño; aunque según se nos dijo después, esa noche las llamas consumieron un valioso cargamento de madera de Brasil que en la falda de un cerro de las vecindades estaba listo para ser exportado. A la mañana siguiente reanudamos la marcha y cruzamos un potrero que se estaba quemando. Pero gracias a que por no crecer el zacate muy alto en ese terreno pedregoso el fuego no era de temer, los caballos lo pasaron sin recelo. Sentimos, sin embargo, mucho más calor en ese lugar; el aire era difícil de respirar y el humo atosigaba. Las hojas de los árboles y los matorrales estaban sólo chamusca-



Vista tomada de la orilla de la meseta de la Mosquitia superior.—Libro I, Cap. 8.

dos, y no vimos que las ramas ni los troncos se hubiesen quemado. Esto es, por cierto, muy distinto de lo que ocurre en algunas praderas de Estados Unidos. En el Oeste de Texas, por ejemplo, vi troncos de roble ardiendo hasta varios días después de haberse incendiado la pradera.

Nuestro camino conducía por un valle longitudinal entre dos cordilleras paralelas; pero este espacio confinado así, en vez de ser una sola planicie, contiene muchas lomas, anchos camellones transversales, y colinas, todo lo cual se divide en diferentes secciones hidrográficas. A nuestra izquierda tuvimos siempre las montañas más altas.

Antes de entrar en Juigalpa, y siguiendo el camino a la par de una montaña, vimos al otro lado del valle unas lomas con terrazas y laderas de formas geométricas semejantes a las de una fortaleza moderna. Su conjunto era el de una obra hecha por el hombre, y lamento que ni las circunstancias ni el tiempo de que disponía me hubieran permitido examinarlas detenidamente. Un cielo encapotado amenazaba con dejar caer la primera lluvia del invierno, el cual comienza en esas montañas antes que en las tierras bajas de las cuencas de los lagos. Se iba ya ladeando el sol y nos hallábamos todavía a considerable distancia de Juigalpa. Después de mi estadía allá he visto el mapa de Nicaragua publicado por don Fermín Ferrer,¹⁴ en el que se indican unas "ruinas arqueológicas" entre Acoyapa y San Miguelito; y, tanto por este dato como por las descripciones de antiguos fortines de los indios de Guatemala, publicados por el abate Brasseur de Bourbourg, poca duda me queda de que aquello que vi en el camino al oeste de Juigalpa, son vestigios de baluartes indígenas.

Antes de llegar a Juigalpa nos cayó un aguacero torrencial que hizo tan resbaloso el camino que nos costó mucho bajar de la montaña al valle. Está la ciudad situada al pie de uno de los más altos picos de la cordillera, el cual puede verse tanto desde la tierra baja como desde la meseta, aunque no le pongo más de cinco mil pies de altura. Es empinado y pedregoso, y boscoso en su mayor parte. Las tierras de los alrededores de este pico, al que llamaré cerro de Juigalpa, tienen fama de ser ricas en oro, y una compañía de juigalpinos y granadinos había comenzado a explotar una mina de las fuentes del río Mico; tenían ellos acumulada ya gran cantidad de un mineral amarillo que no sabían con certeza si era oro o no. Las muestras que me enseñó un americano que se me presentó como director de la compañía, eran de pirita, incrustadas en espato calcáreo, lo cual, conforme a la naturaleza geológica de estas tierras, ha de ser visto como una veta engastada en el pórfido. Parece que el oro se encuentra aquí mezclado en considerable proporción con la pirita, pues los indios a veces llevan a vender a Juigalpa granos de oro en cañutos de bambú. El director de la compañía, sin embargo, no sabía distinguir entre el oro y la pirita, y, desde luego, no habrá de suponerse que supiera nada de laboreo de minas. Las rocas de esta zona son todas de traquita y pórfido fonolítico, con abundantes incrus-

¹⁴ "Mapa Geográfico de la República de Nicaragua", por Fermín Ferrer, 1855. No indica el lugar de su publicación, que debemos creer fue Nueva York. Este mapa, con excepción de escasos detalles, no tiene gran valor.

taciones de varios minerales de la familia zeolita. Hay en las cercanías de la ciudad una lomita de un lindo pórfido verde-tierno.

El ópalo ha perdido mucho de su atractivo y valor desde que está siendo producido artificialmente. Con todo, cabe decir aquí que no es únicamente en Honduras donde se le encuentra. En Nicaragua lo hay en Chontales y en Matagalpa; y se me dijo que en el cerro de El Diamante, cerca del pueblo de Teustepe, como también en el cerro Martínez, al este de Acoyapa, hay bastante de esa piedra preciosa.

De Juigalpa a Acoyapa el camino continúa desarrollándose entre las mismas cordilleras paralelas, como en el trayecto de Masapía a Juigalpa. Fue en esa cruzada que encontré una pluma del ala de un pájaro de tamaño extraordinario, con un cañón más grueso que el de la pluma de un cisne. Me dijeron que era de aguilucho, ave de rapiña que tiene su hábitat en las montañas más altas de esa región, y tan poderosa es que levanta ovejas y monos de los más grandes para llevárselos a su nido. Una persona de Acoyapa, digna de toda fe, corroboró lo dicho añadiendo que esos aguiluchos matan hasta terneros. Debe ser arpía o cóndor.

A medida que nos aproximábamos a Acoyapa las estribaciones transversales de la cordillera se hacían más y más altas. Cerca de la hacienda Apompoá, a mitad del camino entre Acoyapa y Juigalpa, el pórfido tiene incrustaciones de *Heulandite* blanco foliado y de *Mesotype*; este último con bien formadas facetas terminales de cristal. Este mineral abunda entre la hacienda y Acoyapa, y todas las piedritas blancas del río cercano a esa ciudad son de *Mesotype*. En las inmediaciones de Acoyapa muere la cordillera que veníamos viendo desde Masapía entre nuestro camino y el lago, y el valle se expande hacia este último. Pero una ancha barrera en forma de lomas bajas de basalto o dolerita se interpone a la entrada, separando el fondo del valle de la orilla del lago, y dejando sólo una brecha para el desagüe del pequeño río sobre el cual está la ciudad.

Acoyapa es la ciudad más importante de Chontales. Junto con las haciendas de los alrededores tiene 2,600 habitantes. La riqueza principal de la comarca está en sus pastizales, en sus ganados, y en los caballos y mulas que crían allí. Cueros, mulas y quesos son sus productos de exportación. Los llanos de esta zona son más calientes y menos saludables que las riberas del lago, mientras que la planicie de allende la principal cordillera del noreste de Acoyapa es más saludable que las dos citadas zonas. Queda la ciudad sobre una lomita, al pie de la cual, bajo la sombra de árboles enormes, corre un río que en verano apenas si acarrea agua, y cuando yo lo vi no era más que una hilera de hoyos en un lecho de arenas y piedritas. Pero en el invierno arrastra un buen caudal, como puede verse por los grandes cantos rodados que en montón hay en su lecho. Y así son todos los ríos pequeños de esta zona.

Con respecto al nombre de este río tengo dudas de si estaré o no equivocado. Según supe allí, la gente de Acoyapa le llama río Mico. Pero debe

hacerse saber que al otro lado de la cordillera principal hay otro río con ese mismo nombre que corre en dirección opuesta y es tributario del río Escondido. Fermín Ferrer, en su mapa de Nicaragua, y Squier en el suyo que figura en su libro "*Notes on Central America*", llama al río de Acoyapa río Poderoso. Según Buschmann, el nombre Acoyapa significa "lugar donde se expande el agua"; voz esa de las palabras nahuatl "atl", que es agua, y "coyahua", expandirse. Sea como fuere, no veo cómo eso pueda corresponder a las características del lugar, a menos que se refiere a un extenso jicaral de la llanura cercana a la ciudad.

Nos hospedamos en casa del alcalde. Era un hombre muy inteligente y cortés de quien obtuve muchos datos referentes a los indios independientes de la comarca vecina llamada la Mosquitia. En una de las noches que pasamos en su casa, iluminada sólo por la luz de la luna, uno de mis acompañantes me llamó para ir a ver una culebra grande que por entre los barrotes de madera de una ventana se estaba metiendo en nuestro aposento. Debe saber el lector que en todo Nicaragua, y supongo que también en lo demás de la América Central, no se conocen las ventanas de vidrio. Vimos entonces a un ratón correr sobre el borde superior de la pared para ocultarse bajo el alero de la casa que no tenía cielo raso. La culebra saltó sobre el roedor y al instante lo oímos chillar. Esta culebra era de las llamadas ratoneras, que por ser completamente inofensiva es tolerada en las casas. De los reptiles venenosos nunca vi uno en Nicaragua, salvo una bellissima coral que llevaron muerta a Granada; pero nunca supe de ninguna persona que en el interior del país hubiese muerto por la mordedura de una víbora. No así en San Juan del Norte en donde el hijo de uno de los principales comerciantes pereció de esa manera, y supe allí mismo de otros casos similares. Esto, sin embargo, no puede compararse al peligro que en Texas, Nuevo México y otros estados del sur de Estados Unidos, vive expuesta la gente a causa de los reptiles venenosos. En ciertos trechos de las márgenes del río Grande, por ejemplo, se encuentran cascabeles a cada paso. Y en San Antonio, Texas, no pasa un verano sin que algunas personas —de los mexicanos de clase más baja— mueran por mordeduras de las mocasines. En Nicaragua también hay cascabeles, pero no abundan; yo nunca vi una en mis viajes. Hay dos clases de víboras en la región aleña a San Juan del Norte y en las montañas de las orillas del San Juan, que son la llamada toboba y la víbora de sangre. A ésta se le achacaba las muertes que me contaron.

Una pequeña poza al pie de la empinada lomita sobre la cual se asienta la ciudad, era sitio favorito de varias clases de aves acuáticas de gran tamaño que a ciertas horas siempre se las encontraba allí en bandadas. Había entre ellas dos clases de garzas blancas; una muy grande con alas negras y cuello y cabeza sin plumas del todo, y toda ella muy parecida al jabirú, o "*Mycteria americana*". Vi también una zancuda de pico-espátula rombal de color rosado; es esta un ave de delicadísima belleza que se destacaba entre gran variedad de otras. A las zancudas blancas se las llama garzas, y la grandota de las negras con cabeza y cuello sin plumas tiene

dos nombres, que son garzón y guairón; a la zancuda del pico-espátula se le da el nombre de garza morena. De todas ellas maté algunas, pero no pude disecarlas para fines científicos.

Habiéndose quedado en Acoyapa los amigos que me acompañaban, hice viaje a la planicie del otro lado de la cresta divisoria. Por la descripción que hice del trayecto de Masapia a Acoyapa, no tengo ya que decir que la cresta queda al noreste de Acoyapa; pero en vista de que todos los mapas anteriores han puesto a esta ciudad en la meseta de la Mosquitia, en vez de ponerla entre la línea divisoria y el lago, puede que sea oportuno anotar este dato. El alcalde me dio un guía y partí de Acoyapa en dirección a las fuentes del río Mico; es decir del río Mico que es tributario del Escondido.

Rumbeamos en dirección noreste, primero sobre una planicie y luego entre lomas cubiertas de árboles y arbustos, y por último por un valle a lo largo de un lecho seco de río orlado de árboles altos, macizos de bambú y unas palmeras diminutas que en la lengua de los sumus se llama *supa* y en la nahuatl *píjvaye*. Raras veces su tallo excede los seis pies de altura y no es más grueso que un dedo. Produce racimos de nueces tan grandes como las del nogal, y que cuando se comen tostadas saben a castaña. El lecho del río está lleno de lajas y piedras de todo tamaño, todas ellas de pórvido con bases predominantes de traquita o fenolita. Las laderas de los cerros y las lomas son pedregosas, pero en ellas crecen arbustos y zacate. El nancite es su característica prevaleciente, y lo es hasta el punto de que en gran parte de Chontales impone su sello a la vegetación. Este arbusto frutal se encuentra igualmente en las tierras bajas, como es en los alrededores de Granada en donde vi mucho de él. Es achaparrado, como el roble enano; produce una fruta semejante a la baya y tiene sabor agrillo, y si se la conserva en aguardiente se fermenta y toma entonces un sabor agridulce. Se dice que su corteza es un excelente curtiente. De ser esto cierto podría exportarse en volumen comercial pues allá abunda.

Del valle el camino sube una empinada cuesta montuosa. Y llegamos al rancho de una familia dueña de algunas cabras y gallinas; pero no viendo trazas de ningún sembrado en sus inmediaciones, no pude dejar de pensar cómo se las arreglaría esa gente para vivir. Seguimos adelante hasta el borde de un despeñadero desde donde tendí la vista a lo profundo de un valle boscoso poblado de árboles altos. De allá abajo nos llegaban los ronquidos de los congos que sonaban como leones.

Llegado a la cima me hallé frente a la linde de la planicie. Era como un parque bello, con valles de gran verdor, manchas de árboles y pequeños huertos. Numerosos manantiales forman arroyos que confluyen para crear el río Mico. Este, junto con el Siquia, en el cual vierte sus aguas, y el Rama, que también se descarga en el Siquia por el mismo lado y un poco más abajo, forman el Boswas, o Boswash. Este nombre, en la lengua de los woolwas, quiere decir "los tres ríos", de "bos" tres, y "was", agua, o río. El Boswas va a parar a Bluefields; pero no pude averiguar si es el propio

río Escondido, o uno de sus tributarios. Mirando hacia la parte más cercana de la planicie, atrajo mi atención una sierra plana y boscosa que apenas se eleva sobre la llanura y sigue el curso del río últimamente mencionado. Se me dijo que esa sierra se alarga hasta el mar; de cuya informe, sin embargo, sería erróneo suponer que todas las tierras de esos lados son boscosas. Por el contrario, la mayor parte de la Mosquitia consiste en sabanas, pues sólo hay montañas junto a los ríos y en las alturas. En las tierras arenosas crecen sueltos los pinos y bosquecillos de palmitos. Pero de esta clase de vegetación no vi nada. Los árboles y arbustos eran en su mayoría distintos de aquellos de la tierra baja de la otra zona de Nicaragua. Vi en la sabana cierta clase de árboles dispersos profusamente engalanados de flores rosadas. Si no me equivocó era ese el "*Bignonia leucoxylon*", el cual crece en las tierras bajas del río Belice, en donde se le conoce con el nombre de "flor de Mayo". Del noreste soplabá allí una brisa fresca y tonificante. Divisamos en la distancia unas cuantas casas y ranchos, y en la sabana pastaban plácidamente y por todos lados manadas de reses y caballos.

El cambio de panorama, observado desde la cima, era tan completo y repentino que, mirando primero atrás y después de frente, parecía que había cien millas entre uno y otro escenario. Atrás quedaba el sureste con el valle que yo había cruzado. Por sus dos lados se ven cerros de altura considerable. Siendo el más alto el de Juigalpa, a la derecha, que se distingue por sus abruptas escarpaduras. Por la parte del valle que da a Acopyapa se divisa la tierra baja detrás de la cual se expande el lago al pie de una vasta zona de cerros y de lomas. Por allí también se ven los dos volcanes de la isla de Ometepe; más allá está el istmo de Rivas, y mirando siempre por allí se distinguen vagamente los volcanes de Costa Rica. El Mombacho, un poco a la derecha, señala el sitio en donde se asienta Granada.

En el propio borde de la cima estaba una casa desde donde contemplé la vista que acabo de describir.

Continuando mi viaje por la meseta me sorprendió ver allí numerosos manantiales. Dentro de un radio de no muchas millas de diámetro se forma un río por el cual los indios van en canoa hasta el Escondido. La mayoría de estos manantiales está entre macizos de bambú y aquella pequeña palmera supa que ya mencioné. En uno de tantos parajes, mientras pasaba bajo un árbol, perturbé la pacífica vida de una familia de monos. Chillando fuerte y airadamente huyeron perdiéndose entre el follaje. Pero en su apresurada huida un monito tierno quedó solito en una rama encima de nosotros, y tan cerca estaba que me quedó al alcance del cañón de mi escopeta. Paré el caballo para ver qué hacía el pobre animalito, que de tan asustado no se atrevió a moverse cuando llegó su madre a rescatarlo. Era interesante observar la lucha entre el temor y el amor maternal de la mona que por momentos se acercaba, para después alejarse metiéndose entre las ramas, y luego reaparecía. Varias veces alargó el brazo para coger a su crío, mas al ver que yo la miraba volvía a faltarle el valor. Por fin preva-

leció el arrojó: de un salto desesperado llegó hasta la criatura, la cogió en sus brazos y se perdió en la espesura.

Temprano todavía de la tarde llegué a casa del nicaragüense que más montaña adentro de su país vivía. Me recibió cordialmente y cuando al siguiente día me despedí, rehusó aceptar ningún pago. Como obsequio le dejé algo de pólvora y plomo; esto sí lo recibió. La pólvora es escasísima por esos lados; plomo no se consigue del todo. Los chontaleños acostumbran cazar con flecha, como los indios. La pequeña habitación en que fui recibido por don Tomás S. estaba esmeradamente limpia; era toda de bambú, hasta los muebles, que consistían en una mesa, algunos taburetes y unas camas. Cuando llegué don Tomás estaba haciendo queso, lo cual abunda allí, y me regaló un huacal de crema fresca de tan delicioso sabor como la mejor que probé en Suiza. El queso de Nicaragua, en cambio, es seco y de calidad inferior. Tiene gran consumo en el país, y los nicaragüenses lo consideran una gran cosa. No sabría decir cuál es la causa de su inferioridad; no consiste, desde luego, en la clase de leche, porque ésta en realidad es buena. Desde la casa de don Tomás, hasta donde alcanzaba la vista, los potreros hormigueaban de ganado. La escena me hubiera recordado a Suiza si la fisonomía del campo no fuera allí tan diferente de la de aquella nación.

Los potreros de esta meseta se mantienen verdes todo el año. No hay allá mucha diferencia entre el invierno y el verano; la temperatura es siempre templada, y nunca faltan en medida proporcionada el sol y las lluvias. En ellos crecen frondosos árboles que a mediodía dan sombra a los animales. Los árboles y arbustos son en su mayoría exógenos; unas pocas palmas de coyol fueron las únicas de su especie que vi en la meseta exceptuando las diminutas supas.

Aquí es lo más adentro del país a que han llegado los nicaragüenses, y mantienen relaciones con los indios independientes de la Mosquitia. Habiéndome informado que algunas familias miskitas vivían cerca de la hacienda de don Tomás, fui con él a visitarlas. Tras un viaje de tres millas, pasado el río Mico —que en su vado tiene un hilito de agua que corre sobre piedritas de pórfido— topamos con una impenetrable maraña charralosa donde nos detuvimos; nos apeamos para internarnos en el monte por un caminito que apenas se veía. Haciendo zig-zags, como si fuéramos acercándonos a una fortaleza, llegamos repentinamente a un largo bajareque, bajo el cual ocho o diez indios —hombres, mujeres y niños— estaban reunidos. Parece que la sorpresa de nuestra imprevista llegada les desagradó. Al bueno de don Tomás le costó mucho disipar la sospecha que les inspiré, y yo también hice cuanto pude por ganármelos; pero ni aún con regalos de cigarros, moneditas de plata y otras fruslerías pude vencer la desconfianza de las viejas de la familia. De regreso don Tomás me explicó la extraña conducta de esa gente. Me creyeron un inglés de Bluefields que, comisionado por el rey de los miskitos, llegaba a exigirles servidumbre. Porque en ocasiones anteriores han sido víctimas de eso, y de Bluefields han ido a las montañas del interior partidas de soldados a llevarse miskitos

para el servicio del rey, o más bien dicho de sus tutores ingleses, en los cortes de madera o en otras clases de trabajo en el río. La tribu de indios que visité vivió antes un poco más abajo, habiendo tenido que remontarse más para no ser molestados por el gobierno del "Rey-King", título que, con palabras compuestas de inglés y español, le daba carácter de realeza al zambo soberano de la Mosquitia. Me dijo don Tomás que ellos vivían temerosos de la llegada del "hijo del Rey-King" que acostumbraba llevarselos por la fuerza a la costa atlántica, para hacerlos trabajar allá.

Cuando llegamos estaban todos completamente desnudos bajo el baja-reque, pero las mujeres corrieron a ponerse un taparrabo; los hombres, aunque con menos presteza, hicieron lo mismo, de modo que al poco rato toda la familia se hallaba, según su criterio de sociabilidad, en forma digna de recibir una visita. Noté que los más viejos sufrían entonces, o habían sufrido, de enfermedades cutáneas. Su cutis, que en condiciones saludables es moreno oscuro, mostraba manchas más claras que se pelaban, y en diversas partes del cuerpo tenían cicatrices dejadas por úlceras y diviesos. El abdomen, que en todos era desproporcionadamente grande, les deformaba el cuerpo. La expresión de su rostro no era desagradable, aunque sus facciones tenían más tipo mongoloide que de aquel otro más fino nahua o chorotega de las tierras bajas. Si la memoria me es fiel, creo que su fisonomía tenía mucho de la de los indios de la zona sur del estado de California, entre Los Angeles y el desierto de Colorado.

Bajo el techo ardía un fuego en el que asaban plátanos y pescados. Estos eran de la misma especie de aquellos guapotes de Granada. En un rincón vi además montoncitos de yuca, caña de azúcar, piñas, nueces de supa y una succulenta guanábana. Esta fruta, que es renombrada y muy apetecida, es rarísima en Granada, y, puesto que no ha de suponerse a estos indios aficionados al cultivo de árboles frutales, me parece que la guanábana crece silvestre en sus montañas. Pero la yuca, la caña de azúcar y las piñas sí las cultivan en sus huertas. Vi a estos indios pescar con arco y flecha desde un botecito que bogaba lenta y calladamente. La flecha que usan con tal fin es de construcción peculiar, y se compone de dos piezas, la una es una vara del tamaño corriente de las flechas; la otra es de madera muy dura a la que se fija una punta de hierro. La pieza de madera dura se inserta en la vara de modo que se desprenda con los movimientos del pez que se ha flechado. Cuando la primera queda en el cuerpo del pescado, la última, que está sujeta a una cuerda, sale a flor de agua. La longitud de la flecha es de seis pies. Las puntas de hierro, que importan los comerciantes de Bluefields, son de manufactura inglesa. Esos indios comen mucho pescado, pero la zona es rica en caza de toda especie. En el río hay manatíes, y dantas en los matorrales de sus orillas; y venados, conejos, pavas, pavones, perdices y muchos otros animales viven en los matorrales y sabanas.

De un viejo que parecía ser el jefe de familia, y que hablaba bastante bien el español, recogí algunas palabras y formas gramaticales de la lengua de su tribu. De regreso en Nueva York le di este vocabulario a mi amigo

Squier, quien lo publicó. En el prefacio de su obra dice él que, según sus investigaciones sobre la materia, el vocabulario que le di es del idioma de los woolwas. Sin dudar de la exactitud de su aserto, me baso en él para asegurar que la tribu a la cual pertenecía la familia que visité era de los woolwas, aunque ninguno de ellos mencionó esa palabra cuando les pregunté a qué nación o raza pertenecían. En respuesta a mis preguntas, me dijeron que se llamaban del "Rey-King", con lo que, sin duda, querían proclamar su lealtad al soberano de Bluefields. Toda la tribu, se me informó, podía hacer alarde de cuatrocientos hombres adultos bajo la jefatura de su caudillo, de quien don Tomás me habló muy bien. Sin embargo, el hecho de que el vocabulario que colecté sea del idioma woolwas, no disminuye el interés que se le asigna como muestra de lo que probablemente sea la vieja lengua de los chontales mencionada por Oviedo y otros cronistas de la conquista. Y trataré de demostrarlo.

Los nicaragienses llaman caribes a estos indios, pero esta denominación no tiene base alguna. Los caribes de la Mosquitia y de Belice, como es bien sabido, son originarios de Las Antillas, de donde comenzaron a llegar en 1796 desde la isla de San Vicente a la de Roatán, y de allí saltaron a Honduras para esparcirse sobre la costa desde Cabo de Gracias a Dios a Belice. Mis investigaciones me han llevado a la conclusión de que los habitantes de un pueblo llamado Lóvago son de la misma raza de los woolwas, y que ese pueblo, como el otro llamado Lovigisca, situados ambos a pocas millas de Acoyapa, ha existido siempre y sus habitantes han sido cristianos desde mucho antes de la transmigración de los caribes; de modo pues que, sin lugar a dudas, la aplicación del nombre de estos últimos a la tribu de los sumus es errónea. En cuanto a los indios de Lóvago, uno de mis compañeros de viaje, el Doctor Bernhard, que fue llamado a ese pueblo para atender a un enfermo, me llevó la información de que allí entendían todas las palabras de mi vocabulario woolwa, con la excepción de una sola, y esto que esa lengua hablada antes allí se había casi extinguido ya. De este hecho podemos deducir que la población indígena de Chontales —toda o en parte— es de la misma raza de los woolwas. Squier descubrió ciertas afinidades entre el idioma de los woolwas y el de otras tribus de más al norte y noroeste, a las que dio la denominación general de raza lenca. De manera pues que el vocablo woolwas, o sea "tres ríos", derivado del idioma de los sumos, corresponde a los nombres "amacwas" y "was-presinia", que son los de dos ríos tributarios del Patuca.¹⁵

De todo lo anterior se desprende la probabilidad de que los primitivos indios chontaleños, que, conforme a Oviedo, hablaban uno de las cinco lenguas indígenas de Nicaragua, sean de la misma raza de los "lenca" de Squier, raza esparcida por toda la Mosquitia y parte de la República de Nicaragua.

Pero hay un hecho que parece rebatir esta opinión. Los habitantes de Lóvago, en conversación con mi compañero de viaje, le dijeron que sus

¹⁵ E. G. Squier, "The States of Central America", Londres, 1858, Pág. 247.

abuelos y también los del pueblito de Camoapa, distante unas sesenta millas al noreste, habían llegado de las vecindades de Masaya. No es muy probable que este dato se refiera a una época anterior a la llegada de los españoles. Pero aun cuando así fuera, no podría eso significar otra cosa que algunos núcleos de tribus más civilizadas de Nicaragua se hubiesen asentado entre otras tribus más primitivas de Chontales, y que los actuales habitantes de Lóvago fuesen descendientes de la mezcla de ambas tribus; pues aún hoy en día los últimos hablan de los sumus como gente de su propia raza y conservan los usos y costumbres que tenían en lo antiguo.

Puede surgir la pregunta de si estos núcleos fueron de los elementos nahuas o chorotegas existentes en la población de Nicaragua. Nada significa que hubiesen llegado de las inmediaciones de Masaya, dado que ambas tribus eran y todavía son vecinas de esa región del país. La cuestión parece solucionaría el hecho de que muchos nombres chontaleños tienen origen en la lengua nahuatl, aun cuando esto parece demasiado cómodo para relacionarlo directamente con ella. La toponimia de raíz nahuatl es corriente en casi toda la América Central, hasta en regiones donde no se encuentran vestigios de influencias históricas de esa raza. Estos nombres deben ser considerados remanentes de un lejano dominio nahua, o de las migraciones de ciertos segmentos de esa raza tales como los que posteriormente se establecieron en el istmo de Rivas y en las islas del lago, o bien que señalan ellos el sitio de antiguos núcleos comerciales de los nahuas, iguales a los que ya sabemos —por los primeros historiadores— que esa enérgica nación solía asentar entre las tribus de las regiones vecinas. Es por esa razón que en Chontales, Matagalpa y Nueva Segovia, lugares en donde no se sabe que los nahuas se hubiesen establecido como nación, encontramos nombres geográficos como son Panaloya, Acoyapa, Camoapa, Comalapa, Tecolostote, Matagalpa, Juigalpa, Totogalpa, Teustepe, y muchos otros, nahuas todos, la mayoría de los cuales han sido traducidos por Buschmann en su trabajo sobre los nombres geográficos de origen nahuatl.

Y hasta el nombre de Chontales, o Chondales, que aparece repetidamente en la historia de México y la América Central, es de origen nahuatl, y poca duda cabe de que en los antiguos tiempos de los aborígenes de Nicaragua se aplicaba a los sumus y a otras tribus más salvajes que aún pueblan la región del noreste del lago, y muy probablemente todas pertenecen a la raza lenca. “Chontalli”, en opinión de Buschmann, en nahuatl quiere decir extranjero, y por consiguiente salvaje. Para los griegos, extranjero significaba eso: salvaje. Chontales, por tanto, era para ellos tierra de salvajes. Ese mismo nombre lleva una comarca montañosa de El Salvador, en donde los nahuas vivieron como vecinos de otras tribus menos civilizadas que ellos. Algunos historiadores mexicanos hablan de tribus de chontales asentadas en las cercanías de Tlascala, Oaxaca y Tabasco. Cuando los tlascaltecas fueron sometidos por Hernán Cortés, manifestaron que las tribus montaraces de otomíes y chontales eran las culpables del levantamiento contra los españoles. De ese modo vemos pues que esa palabra tiene un significado muy general, pero si en Nicaragua se la aplicaba a una nación y lengua determinadas, no existe la más mínima razón para suponer que

esta nación y lengua no hubiesen sido idénticas a los sumus de hoy día, y los mismos también de aquellos descendientes que el Doctor Bernhard encontró en Lóvago, aunque aquí pudieron haberse mezclado con una colonia nahua.

Los habitantes de Lóvago dieron al Doctor Bernhard informes referentes a los antiguos usos y costumbres de la raza, y al dárselos invariablemente se identificaban con los indios de la meseta. En Lóvago, dijeron, poco quedaba ya de las viejas costumbres; pero que los del "interior" (de más adentro) sí las conservaban intactas. Estos últimos son polígamos, pero el hombre nunca tiene más de tres mujeres, las que en la mayoría de los casos viven en habitaciones separadas, y es muy corriente que tengan muchísimos hijos. Cuando un joven quiere casarse mata un venado y lo deja frente a la puerta de la casa de su pretendida junto con leña para el fuego. Si ella acepta el obsequio se casan. Cuando el marido muere la mujer se corta el pelo y quema el rancho, y esto es a la recíproca. Entierran al muerto junto con sus pertenencias, y por algún tiempo le ponen diariamente maíz cocido sobre su sepultura. En ciertos días del año celebran fiestas o efectúan ceremonias que no deben presenciar los extraños ni sus mujeres ni tampoco los niños. Es en estas ocasiones que simulan "bailar con el dios de ellos", según las propias palabras del alcalde de Acoyapa. Y esto lo hacen cantando a todo pulmón. En esas fiestas ejecutan ciertos ejercicios gimnásticos, en los que unos saltan sobre otros; el saltador, al momento de saltar golpea con la mano al otro en la espalda, y si éste no se queja se le declara "hombre valiente".* Se sabe de casos parecidos entre varias tribus de razas y países muy diferentes y distantes entre sí; pero no vale la pena señalarlos. No obstante lo cual, no he querido omitir estos detalles, pues dan una idea del desarrollo mental de esa gente.

Al día siguiente volví de Acoyapa y el 28 salimos de regreso a Granada. Como llevábamos el propósito de irnos por agua, tomamos el camino de San Ubaldo, que bien podemos decir es el puerto de Acoyapa.

En este viaje nos detuvimos algunos días en la hacienda San José, cuyo dueño, don Luciano de la Cuadra, nos recibió con genuina hospitalidad de hidalgo. Matamos el tiempo dando vueltas y paseos por los campos alejados, en parte para satisfacer nuestra curiosidad, y en mayor parte aún para mejorar, con la caza, el menú de la mesa.

La propiedad de don Luciano, de auténtico estilo chontaleño, era sólo de ganado; nada había en ella de trabajos agrícolas. Allí no se veía pero ni siquiera una mata de plátanos o bananos, y apenas unas cuantas palmas de coyol y dos o tres palos de naranjas era todo lo que representaba la producción del reino vegetal en esa vasta y magnífica propiedad.

En Nicaragua no se consigue pan en el campo, y hasta en la misma ciudad de Granada lo comen sólo unos cuantos extranjeros; los demás comen

* (Así en español).

tortillas. Nuestro anfitrión era dueño de varios miles de vacas en los sitios de su hacienda, y, sin embargo, en la casa no había ni leche ni mantequilla. Al día siguiente don Luciano ordenó destazar un novillo en nuestro honor, pero como allá la carne no se puede conservar fresca por más de un día, salaron en tajados lo que no nos pudimos comer. Los zopilotes se alzaron después con más de la mitad de esa carne, y lo que dejaron nos la sirvieron en los dos o tres días siguientes; pero era demasiado salada para mi paladar. En vista de lo cual traté de abastecer nuestra mesa tirando palomas y codornices, que allí abundan, mas unas y otras eran de tamaño diminuto, y las primeras tan lindas criaturitas que pronto abandoné el deporte.

Hay en Nicaragua tres clases de palomas muy pequeñas y comunes. Unas son las "colalarga", de color ceniciento y del tamaño del tordo; las otras dos, llamadas tórtola y carmelita, son más pequeñas aún; y la última, que apenas si es tan grande como una tórtola, tiene en las alas manchas redondas de un azul brillante. No faltaba en los alrededores caza de mayor tamaño, especialmente de diversas clases de pavas, aves estas casi tan grandes como el pavo o chompipe, y que en mi opinión son de la mejor carne entre todas las aves que se pueden comer. Una de las especies más comunes en Nicaragua es el llamado pavón o pajuil, que parece ser el "*Crax alector*". Hay otro de muy hermoso plumaje café-rojizo con lunares blancos, bastante parecido al pavón bandeado, o sea al "*Crax fasciolata*". La tercera es la más común de todas y la llaman simplemente pava; su color es gris tirando a negro. Suele decirse que esta es la hembra del pavón, pero no es cierto; la pava ni siquiera pertenece al mismo género de aquél, y más bien parece ser una "Penélope" o "Salpiza". Tiré varias durante mi estadía en la hacienda San José, pero siempre la cocinera se comió la carne y me dejó los huesos; y nosotros, siendo como éramos huéspedes, no nos sentíamos con derecho a protestar de semejante lisura. Por otra parte, eso parece ser uso y costumbre en la América Central.

En uno de mis paseos por los contornos de la hacienda tiré un águila pequeña, que más parecía arpía; llevaba en sus garras una lora grande. Era un ave de rapiña de majestuoso talante, del más indómito coraje y de increíble apego a la vida. Con excepción de las largas plumas de sus alas y la cola, de un gris azul oscuro, toda ella era de color muy blanco. Tenía las piernas cubiertas de plumas hasta el entronque de las garras, las que a su vez tenían formidables garfas, muy largas, en forma de guadaña, y puntiagudas como agujas. Su cabeza era grande y ancha como de lechuza, con plumas largas en el cuello, las que de furia erizaba dándole aspecto salvaje. Tenía los ojos muy grandes con el iris amarillo; su expresión de coraje montaraz se extinguió sólo con su postrer hálito de vida. Tuve que romperle casi hasta el último hueso del pecho para que muriera.

El 3 de Junio supe de la llegada de un bongo a San Ubaldo que esa misma tarde saldría para Granada. En él nos fuimos y llegamos a casa al día siguiente por la mañana. Habíamos enviado nuestros caballos por tierra.

CAPITULO IX

La situación política de Nicaragua — Los partidos — Injerencia extranjera — El proyectado canal y la Compañía Accesoría del Tránsito — Estallido de la guerra civil de 1851 — Viaje a León — Inseguridad de los caminos — Nobleza de la ciencia y la “virtú” — Llegada a León — El gobierno de León impugna el contrato de la Compañía del Tránsito — El General Muñoz; su integridad personal, la posición de su partido, y su muerte — Personalidad, carrera política y muerte de don Fruto Chamorro — Regreso a Granada, y de allí a Estados Unidos.

Durante mis vagabundeos, tema de los capítulos anteriores, el horizonte político de Nicaragua se había entenebrecido más, y en los primeros días de Agosto estalló una de esas revoluciones que gradualmente han arruinado a varias repúblicas hispanoamericanas. Estas guerras civiles y disensiones revelan un triste cuadro, y hasta pudiera juzgarse esfuerzo vano señalar tales acontecimientos a la atención del lector. Pero podría suceder también que las metas anheladas por ellas fuesen menospreciadas; por tal razón el autor considera que no debe soslayar una página de la historia americana imperfectamente conocida y valorada por los que no han estado en el lugar de los sucesos, y mucho menos cuando se trata de una página que contiene ciertos datos preñados de consecuencias trascendentales.

Cuando a raíz de la independencia de la América Central los realistas se enfrentaron a un movimiento revolucionario que no pudieron resistir, lo hicieron esperanzados secretamente con poder a la postre instituir una monarquía centroamericana. Sus adversarios políticos, por otra parte, soñaban con una república confederada calcada en la de Estados Unidos. Y éstos triunfaron. Los realistas, sin dejar de insistir, pidieron ayuda al efímero emperador mexicano Iturbide; y cuando, de resultas de esa solicitud, un ejército mexicano invadió Guatemala, el fugitivo Congreso Republicano decretó la anexión de la América Central a Estados Unidos. La brevedad de la carrera de Iturbide salvó al país de la necesidad de escoger entre la

anexión al entonces Imperio de México o a la Unión Norteamericana. Pero el decreto de anexión a Estados Unidos determinó el carácter que tendría en adelante la injerencia de las potencias extranjeras en los asuntos domésticos de la América Central; y todas las siguientes fases de las disensiones políticas y guerras civiles en ese desdichado país, hasta lo de William Walker—quien fue llamado a Nicaragua por los restos de aquel mismo partido que en 1822 decretó su anexión a Estados Unidos— todas ellas, repito, tienen su origen en la tristísima situación en que se hallaban los partidos en el primer año de su independencia. Desde entonces quedó escrito que de ahí en adelante la América Central sería víctima de influencias extranjeras: que los realistas o aristócratas, apodados “serviles”, volverían sus ojos a Inglaterra; y los republicanos o demócratas llamados “liberales”, a Estados Unidos, en busca de simpatía o apoyo en sus luchas por el poder y la implantación de su credo político. Desde entonces también en toda la América Central el primero sería llamado partido de Inglaterra, y el segundo partido de Estados Unidos. Y en vista de que esta última nación fue la que estableció, apoyó, defendió, y —después de haber sido derrocado— luchó por restablecer Constitución y el Gobierno Federal, la influencia británica en la América Central, como era de esperarse, se opuso a toda tendencia federalista.

Por causas que no podemos explicar en este bosquejo de la historia del federalismo centroamericano, la influencia antifederal fue más fuerte en Guatemala y Costa Rica; mientras que en los otros tres estados el partido federal continuó luchando contra aquélla y tratando de reconstruir la federación disuelta en 1837. En Nicaragua, El Salvador y Honduras se hicieron varios intentos en ese sentido, y convenciones de delegados, con instrucciones de forjar una nueva Constitución, se reunieron en Chinandega, Nicaragua, en 1842; en Sonsonate, El Salvador, en 1846; y en Nacaome, Honduras, en 1847, sin llegar a nada concluyente. Entonces, en 1849 se hizo sentir la influencia de Estados Unidos. El gobierno de Washington envió al señor E. G. Squier en carácter de representante diplomático en la América Central con instrucciones de ayudar a esas repúblicas en su lucha por restablecer la federación; y alentada por él, Nicaragua encabezó el nuevo intento. Como en casos anteriores, Guatemala y Costa Rica se abstuvieron de participar en la causa común de una sola nacionalidad centroamericana. Pero los delegados de los tres estados del centro de la América Central se reunieron en León y redactaron una constitución federal que fue firmada el 8 de Noviembre, y luego unánimemente ratificada por las asambleas legislativas de los tres mismos estados, y fue publicada el 16 de Diciembre de 1849 en el periódico leonés “Correo del Istmo”. Conforme a lo prescrito en ella, los representantes de los tres estados se reunieron en Diciembre del año siguiente, y don José Barrundia, que en 1821 había sido Presidente de la República de la América Central, fue electo presidente de la nueva federación. Se decretó entonces la celebración de elecciones generales para representantes al primer Congreso Nacional ordinario que debía reunirse en Diciembre de 1851, y se dejó a opción de Guatemala y de Costa Rica participar en dichas elecciones.

Frustrar el éxito de esos esfuerzos fue uno de los principales motivos que dieron lugar para que ciertas influencias extranjeras se hicieran sentir en el estallido de la revolución de Nicaragua en 1851. Frustrar los esfuerzos de la Compañía Accesoría del Tránsito —esa metamorfosis de la Compañía del Canal del Atlántico y del Pacífico, de Nueva York— fue otro de los motivos de casi igual peso con las mismas influencias extranjeras. Ambos motivos, por un cambio peculiar de los acontecimientos ocurridos en Nicaragua, entraron recíprocamente en conflicto; los federalistas de León fueron —para que se vea cómo son las cosas— los que se opusieron al nuevo contrato gestionado por la Compañía Accesoría del Tránsito. Pero antes de entrar a considerar este asunto, cabe dar a conocer aquí algunos hechos interesantes que, cuando salí de Nicaragua, tenían que ver con la historia de ese último intento de constituir la nacionalidad centroamericana, y tanto más cuanto que estos hechos parece han sido pasados por alto en algunas transacciones políticas de más trascendencia. Agradezco al señor José Guerrero, uno de los miembros del entonces Gobierno Federal, el haberme facilitado el documento original del cual hice el siguiente resumen.

El Gobierno Federal, o Nacional, como se le llamó, con el señor Barrundía a la cabeza, fue instalado el 9 de Enero de 1851, hecho que se participó a todos los representantes diplomáticos de las potencias acreditadas en los estados centroamericanos. Conforme a la nueva disposición federal los tres estados de la federación habían prescindido de su derecho a mantener relaciones por separado con las potencias extranjeras, para cedérselo al Gobierno Nacional. Los tres estados de la federación, por tanto, suspendieron sus relaciones diplomáticas. El Estado de Nicaragua hizo tal cosa mediante Decreto Legislativo del 31 de Mayo, y el 4 de Junio lo comunicó en circular enviada a las potencias con las cuales tenía relaciones. Y en oficio fechado el 10 de Junio, Nicaragua informó al Gobierno Nacional que el Estado había cumplido sus deberes a ese respecto, y pedía que el señor José de Marcoleta —quien hasta entonces había sido Encargado de Negocios de la República de Nicaragua ante el Gobierno de Washington— siguiera en tal cargo en representación del Gobierno Nacional de la América Central.

Es digno de apuntar el hecho de que en esa ocasión Inglaterra y Estados Unidos tenían el mismo criterio acerca de la cuestión, ya que ninguna de las dos potencias se dio por entendida de la circular, como tampoco de la existencia de la nueva federación centroamericana, aun cuando había sido creada bajo la influencia de ambas. En lugar del presidente Taylor estaba ahora el presidente Fillmore, y con el cambio de gobierno había reformado Washington su política respecto de la América Central. Cuando en Julio el representante diplomático que sustituiría al señor Squier en la América Central fue enviado por el Gobierno de Estados Unidos, insistió en ser recibido por el Gobierno de Nicaragua y se negó rotundamente a entablar negociaciones con el Gobierno Federal. El cónsul general británico hizo lo mismo. No contestó la comunicación oficial del establecimiento e inauguración de ese Gobierno, y en carta confidencial a uno de

los ministros, empleó el lenguaje menos diplomático que, por cuanto sé, registra la historia moderna de las relaciones internacionales.¹⁶

Ese era la crítica situación de los asuntos federales cuando estalló la revolución en León, y es acerca de los acontecimientos de esos días que quiero hacer unos cuantos comentarios.

Los partidos políticos de Nicaragua, al igual que en los demás estados de la América Central, si bien fundamentalmente amoldados a las características generales que tracé de ellos, han actuado conforme a las peculiaridades del país. El partido de los aristócratas, antifederal en todos los estados, era conocido con el sobrenombre de "timbucos", y a los demócratas se les llamaba "calandracas". Los primeros tenían su baluarte en Granada, y los segundos en León, de suerte que la división política tenía carácter regional, o más bien lugareño. Los "timbucos", por tanto, en la historia nicaragüense han sido conocidos a veces como "granadinos", y sus antagonistas como "leoneses"; y puesto que el caudillo más conspicuo de aquéllos era cuando yo estuve allí, don Fruto Chamorro, se les llamaba entonces chamorristas. En consecuencia, los términos "timbucos", granadinos y chamorristas, son nombres diferentes del mismo partido, que es la fracción nicaragüense de lo que más apropiadamente podría llamarse el Partido Conservador de la América Central. En 1849, cuando los liberales tenían las riendas del poder, los conservadores de Granada y Rivas intentaron arrebatarlas incitando una insurrección de indios. Un hombre llamado Bernabé Somoza, quien había sido cabecilla de una banda de salteadores, pero con ciertos rasgos caballerescos, fue el instrumento de que se sirvieron para llevar a cabo su propósito. Pero cuando Somoza —quien muy pronto se apoderó del departamento de Rivas ocupando con sus indios esa ciudad— dejó ver que su designio era imitar al general Carrera de Guatemala, lo mismo que los "timbucos" de Nicaragua habían imitado a los "serviles" de aquel Estado, una consternación general se apoderó del mismo partido que había fomentado la insurrección; y entonces fueron ellos los primeros en pedir al gobierno protección contra la calamidad que les amenazaba. El general Muñoz a la cabeza de fuerzas militares marchó desde León sobre Rivas, y allí, después de una lucha feroz en las calles y dentro de las casas, derrotó a los insurgentes que ya habían saqueado la ciudad. Somoza fue hecho prisionero y ajusticiado.

Esto ocurrió poco antes de mi llegada a Nicaragua, y el resultado produjo un deseo unánime de enterrar toda enemistad y establecer la prosperidad del país sobre una base de justicia y tolerancia mutuas. Este fue el

¹⁶ El señor Guerrero me dio copia de la carta que Mr. Frederick Chatfield escribió al señor Pablo Buitrago, miembro entonces del Gobierno Federal —como también lo era Guerrero— en presencia y con el consentimiento de su colega. Está datada: Legación de S.M.B., Guatemala, 13 de Junio de 1851. Puesto que el autor no tiene intenciones de extenderse aquí sobre este asunto, se limita a hacer saber que publicó este interesante documento, en español, en una nota de la página 449 del primer volumen de la edición alemana de la presente obra, "*Aus Amerika*", Von Julius Fröbel, Leipzig, 1857-1858.

espíritu que presidió la elección cuando el señor Pineda resultó electo Director Supremo del Estado. Pero en aquella situación fue imposible hacer que los partidos mantuvieran una paz durable.

Entre los hombres prominentes del partido democrático, el más formidable adversario de los conservadores era el general Muñoz, comandante en jefe de las tropas de la República. Lo odiaban porque tenía en sus manos las fuerzas militares, de las que, no obstante, no había hecho uso de manera ilícita, y porque apoyaba las innovaciones y reformas que no gustaban a ellos, o que eran una amenaza para sus intereses, y también lo odiaban porque defendía decididamente las ideas federales. Pero el general, al mismo tiempo, se oponía a la influencia británica, y si bien era buen amigo de los más influyentes ingleses radicados en León, tenía motivos para considerarlos adversarios. Sucedió luego que la Compañía Canalera del Atlántico y del Pacífico, económicamente poderosa, entró en batalla con las ideas del general por cuestiones de economía nacional. Con esto perdió el apoyo de la influencia americana y ya no pudo resistir los ataques combinados de sus contrarios.

La intromisión de esa empresa canalera marca un nuevo período en la historia de las dificultades y disensiones de la América Central. Fuera que los resultados de los estudios preliminares de los ingenieros hubiesen sido menos halagüeños de lo esperado, o que la falta de simpatía de parte de los capitalistas ingleses hubiere producido el efecto, la verdad es que la compañía advirtió que para su propia conveniencia debía zafarse de la obligación de construir un canal interoceánico en Nicaragua; y para no perder los beneficios de los jugosos monopolios y privilegios que hubiera producido la construcción de la gran obra canalera, indujo al gobierno nicaragüense a firmar un nuevo contrato accesorio; de éste sería única accionista la propia compañía que giraría bajo la razón social de Compañía Accesorio del Tránsito. En tal virtud se comprometió a construir un camino para carruajes a través del istmo de Rivas, y a facilitar los medios necesarios para que pudiera efectuarse el tránsito interoceánico a través de Nicaragua por ese camino, y también por el Río San Juan y el lago. Para que la compañía pudiera cumplir con dicha obligación y demás compromisos financieros, se le concedió el monopolio de la navegación a vapor y otras gangas de gran valor.

Muñoz y el Partido Democrático, impulsados por sentimientos patrióticos y también por intereses de aldea y campanario, se oponían a la concesión del contrato de tránsito, pero en cambio sus adversarios políticos de la ciudad de Granada y Rivas, que se beneficiarían por estar esas ciudades cerca de la ruta del tránsito, se inclinaban a ceder a los argumentos de los amigos y agentes de la compañía. En este caso ciertos intereses americanos, lo suficientemente poderosos para ejercer influencia sobre el gobierno de Estados Unidos, se ganaron al partido nicaragüense, considerado como elemento dúctil a los intereses de Inglaterra. Esta potencia, naturalmente, se oponían sin tapujos al proyectado tránsito. Si el canal, según todos los indicios, no se construía, y si se lograba hacer fracasar la construcción de

la proyectada ruta del tránsito, habría esperanzas de echar a los yanquis de Nicaragua, e “impedir que una raza tan aventurera como la norteamericana se apodere de un punto ideal para extender el comercio mundial”.¹⁷ Hacia esa meta dirigieron sus esfuerzos los que apoyaban a los británicos en Nicaragua; a eso se debió que estos mismos elementos hallaron razones para apoyar al partido de los leoneses que tenía al general Muñoz como líder de los que se oponían al contrato de tránsito.

El Director Pineda, aunque miembro del partido de los granadinos y rivenses, tenía sobre este punto igual opinión que sus antagonistas políticos. Las intrigas de los financieros neoyorquinos, por tanto, se volvieron contra él, y mediante una combinación de varias fuerzas contrarias lo derrocaron. En la noche del 3 y 4 de Agosto estalló una revuelta en León, y se estableció un gobierno provisional con el senador don Justo Abaunza como Director Provisorio del Estado. En esos días estaba reunido en Managua el Congreso Nacional. Cuando la noticia de lo acaecido en León llegó a los legisladores, éstos, siguiendo consejos del agente de la compañía americana, eligieron por su parte también un gobierno provisional con don José Del Montenegro a la cabeza, y se trasladaron a Granada. Aquí se armó un ejército de varios centenares de hombres al mando de don Fruto Chamorro; en el interín, Muñoz, en León, hacía preparativos para marchar sobre Granada. Nicaragua tenía dos gobiernos y dos ejércitos frente a frente enseñándose los dientes. El agente de la compañía canalera aprovechó la ocasión para hacer que el 19 de Agosto la Asamblea Legislativa reunida en Granada ratificara el contrato firmado con la Compañía Accesoria del Tránsito. Al día siguiente de haber firmado el documento, el director provisorio, Del Montenegro, falleció en Granada. En esta ciudad cundió entonces la confusión. Debido a que los extranjeros radicados allí simpatizaban casi unánimemente con los liberales leoneses, fueron perentoriados a presentarse a las autoridades granadinas y entregar sus armas, y a engrosar las tropas que iban a pelear con los leoneses, o salir del país. En reunión de casi todos ellos se resolvió no acatar lo dispuesto por las autoridades, organizarse para protegerse mutuamente, y, de ser necesario, resistir con las armas todo intento de violar su posición de neutrales en la guerra civil que estaba a punto de estallar. Entre tanto, crecía la ansiedad y la agitación públicas. En Granada se decía que los leoneses marchaban sobre la ciudad con Muñoz a la cabeza; en León, que el general Guardiola —el tigre de Honduras, según sus enemigos— venía en ayuda de los granadinos, aunque a sus indios degolladores sus propios aliados les temían más que a sus enemigos los leoneses. Se atrincheraron las calles. Uno de mis amigos alemanes que cuando emigró a Nicaragua había llevado consigo una bandera de su patria, símbolo ideal de su nacionalidad, la izó en el zaguán de su casa. ¡Y quién hubiera creído que los colores del Imperio alemán, del pasado o del futuro —que son negro, rojo y amarillo— habrían de inspirar absoluta

¹⁷ Véase el N° 9, Pág. 40, de “*Documentos relativos a la legación de los estados de Nicaragua y Honduras cerca del gabinete Británico, sobre el territorio de Mosquitos y puerto de San Juan del Norte*”. Los publica el señor Don Francisco Castellón, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de dichos estados. Granada, 1851. Hay una edición inglesa del mismo.

confianza a ciertas damas granadinas, y que en un rato no más la residencia de mi amigo se llenaría de cofres y cajones repletos de las más valiosas joyas y efectos de aquellas buenas señoras!

Tal era el estado de cosas en Granada, cuando, con el fin de entrevistarme con el general Muñoz, salí a toda prisa para León. Me acompañó en el viaje un joven alemán. Fue la tarde del 21 de Agosto, y en el preciso momento de montar nuestras bestias oímos el redoble de un tambor en las calles; era un bando que prohibía salir de la ciudad sin permiso especial y salvoconducto expedidos por el comandante de la plaza. Picamos espuelas y no nos detuvimos hasta llegar a Masaya.

Como medida de proteger a Granada contra un ataque repentino de los leoneses, los granadinos al mando de Chamorro habían ocupado Managua. El "ejército" consistía de 200 hombres, cuando más; pero el camino horrigueaba de soldados y reclutas que iban a sumarse a las tropas chamorristas. Al día siguiente acabábamos de desayunar en Managua, y nos preparábamos a proseguir nuestra jornada, cuando apareció un hombre en camisón y gorro de dormir, seguido de un oficial en uniforme. El hombre comenzó a interrogarnos acerca de nuestro viaje. Se nos permitió seguir. "¿Quién era ese hombre en paños menores?", pregunté al sirviente de la casa. "¡El General del Ejército!"* respondió enfáticamente el muchacho. Y era en verdad el propio don Fruto Chamorro, quien, desde el día que tuve una discusión con él en Rivas, había pasado a ser general de las fuerzas granadinas, y poco después fue presidente de Nicaragua. No cabe duda de que me reconoció, y se dio perfecta cuenta de que no le había dicho la verdad. Pero don Fruto se condujo con suma cortesía. En esos días toda la región situada entre Managua y León estaba convulsa, y los caminos infestados de desertores y rezagados de ambos ejércitos. Cuando cruzábamos la montaña entre Managua y Mateares iba yo como un cuarto de milla adelante de mi compañero y trataba de hacer saltar a mi caballo sobre un angosto y lúcio paso entre árboles por un lado y un profundo hoyo lodoso por el otro, cuando dos hombres armados de pistola y de machete salieron de un matorral. Hacer volver mi caballo era imposible. Así que saqué y monté mi pistola y sin cruzarnos una sola palabra seguí adelante. Ya al otro lado del charco paré para esperar a mi compañero, después de lo cual los hombres volvieron a agazaparse en el matorral. El general Muñoz, al oírme el cuento me preguntó por qué no los había matado. "¿Qué podían haber estado haciendo esos bandidos armados en un camino de la montaña?" Tal se expresó cuando le dije que no me habían atacado. Gracias al general Muñoz se disfrutaba entonces en los caminos de una seguridad desconocida antes, y de ella se disfrutó aún después.

Al día siguiente que yo descansaba por unas horas en La Paz Centro, se desató una de esas furiosas tormentas que en invierno son corrientes en esa parte del país. Me parece que a este respecto las costas este y oeste

* (Así en español).

de Nicaragua, y, según creo, de la América Central en general también, son muy diferentes. Porque todo el litoral occidental del continente, desde Nicaragua a la península de Baja California, sufre con frecuencia de esas tronadas. En cuanto a esto, el clima de Mazatlán, en México, por ejemplo, tiene mala fama, mientras que en San Francisco, por el contrario, las tormentas eléctricas ocurren sólo de tiempo en tiempo, y nunca son tan fuertes. En lo tocante a nosotros, nos felicitamos de haber encontrado refugio antes de que estallara. Los relámpagos y rayos eran aterradores, y temeroso el rezongo de los truenos. Caía la lluvia tan espesamente que parecía dudoso se pudiera respirar en una atmósfera así. En la casa en que entramos vivía una viuda con sus dos hijas. Apenas habíamos desmontado cuando se apareció el cura del lugar, curioso por ver a los forasteros y a visitar a las damas, y mientras los rayos caían por todos lados sobre los árboles de la montaña, las temblorosas mujeres buscaban con la mirada al joven sacerdote en busca de consuelo, lo que él aprovechó para hacer gala de las luces de su entendimiento. "Cuando yo era muchacho", les dijo, "me daban miedo los rayos y los truenos. Pero después estudié filosofía" (y aquí se oyó un grandísimo trueno) "¡Ave María Purísima!". Y nuestro profesor nos enseñó la verdad de que el firmamento está demasiado alto para caer sobre nosotros. Y otro trueno. "¡Jesucristo, mi mejor pararrayos!" Un trueno más y el trémulo padre se metió en un cuarto oscuro en donde se habían refugiado las mujeres; y en tanto duró la tronada les oímos implorar piadosamente en alta voz: "¡Ora pronobis!" Pero pasada la tormenta, cuando ya apenas se oían allá lejos los truenos, el cura filósofo, seguido de la viuda y de sus hijas, salió de su escondite; y viendo a un niño que pasaba por allí: "¡Juan", le gritó en tono de superioridad intelectual, "corrre y decile a mi mamita que no se aflija, que no hay ningún peligro!"

Mientras esperábamos que se escurrieran las aguas del camino, tuvimos la dicha de sostener una prolongada plática con ese esclarecido miembro del clero nicaragüense. Sacó de la bolsa de su sotana un librito en inglés y se empeñó en querer demostrar que lo podía leer. Me pidió explicarle los diferentes significados de la palabra "sir". "Tengo entendido", dijo, "que en Inglaterra tienen una aristocracia, pero en Nicaragua no hay otra nobleza que la de la ciencia y la virtud".*

A León llegué como portador de grandes novedades. Nada sabían allí de lo ocurrido en Granada. Les dije que el contrato del tránsito había sido ratificado, que Del Montenegro había fallecido, y que Chamorro estaba en Managua. La primera de las noticias causó fuerte impresión entre los ingleses residentes en León, para quienes el general Muñoz era el hombre del momento.

Para este general todo era cuestión de operaciones militares. Cuando le informé que Chamorro estaba concentrando tropas en Managua, exclamó triunfante: "Aquí yo puedo hacer unas operaciones muy militares".*

* (Así en español).

* (Así en español).

Y pasó a explicar cómo podía enviar tropas por mar de El Realejo a San Juan del Sur, de donde pasarían a tomarse por sorpresa la ciudad de Rivas, y también Granada; o bien cómo podía enviarlas en bongos por el lago de Managua, desembarcar en Tipitapa y por esa ruta tomarse de igual modo a Granada por sorpresa; y en idéntico tono reveló otras estrategias de profunda ciencia militar. ¡Pobre general!, no contaba con un solo barco para transportar tropas por mar, ni con bongos en el lago, ni tampoco disponía de fuerzas para una operación de tal envergadura, y ni aun de dinero para avituallarlas. Aunque la verdad es que algunos extranjeros de León habían prometido aportar los fondos necesarios para la campaña.

Ya de tardecita, antes de mi salida de León que fue el 27, el general llegó a verme al hotel con un envoltorio de documentos y despachos que en nombre del Gobierno Provisional me pidió llevar a Estados Unidos. Algunos debía entregarlos al Gobierno de Washington, y otros eran para publicarse en los principales diarios estadounidenses. El documento más importante era una protesta del Gobierno Provisional de León por el contrato que en Granada se había firmado con la Compañía Accesoría del Tránsito, de Nueva York. En dicha protesta el gobierno leonés argumentaba sobre la base inobjetable de que, si en el curso de una guerra civil un extranjero firma contrato con uno de los partidos, sus derechos y reclamos quedan sujetos a la suerte que corra el partido en que ha confiado; el gobierno leonés había declarado que si su partido conquistaba el poder legal e indivisible del Estado, no reconocería el contrato celebrado con su antagonista político.

Esa fue la última vez que vi al general, de quien me había hecho buen amigo. Mi plan era, después de un corto viaje a Estados Unidos, regresar a Nicaragua. Pero a poco de haber llegado a Nueva York supe que León había caído en poder de los granadinos. Muñoz estaba en manos de Chamorro y hubiera sido fusilado a no ser por la intercesión de sus amigos ingleses que lograron se le conmutara la pena de muerte por el destierro. De todas sus "operaciones muy militares" no había ejecutado ninguna. Después de la toma de León, Chamorro fue legalmente elegido Director Supremo del Estado con la aquiescencia de los dos partidos. Fue tan magnánimo que mandó llamar a su adversario del destierro y le confió de nuevo el mando de las tropas del Estado; y Muñoz fue tan ingrato otra vez que se pasó a los leoneses cuando en 1854 se rebelaron contra el gobierno de Chamorro. En este caso Chamorro demostró que, de los dos, él fue el mejor y el de mayor nobleza. Los leoneses, en tal ocasión, pusieron a don Francisco Castellón en la jefatura del Gobierno Provisional, y con él Muñoz volvió a ser uno de los líderes de ese partido. Chamorro atacó otra vez a León, pero fue rechazado hasta Granada seguido por los leoneses que pusieron sitio a la ciudad, pero tuvieron que levantarla. Viéndose en la imposibilidad de decidir a su favor la suerte del país, Castellón y sus partidarios, entre los cuales se contaba Muñoz, llamaron en su ayuda a William Walker. Cuando a éste, en su primer ataque a Rivas, se le desertaron las tropas nicaragüenses que llevaba bajo su mando, se rumoró que Muñoz

había traicionado a los filibusteros, aunque es un punto dudoso quién de los dos, si los filibusteros o los nicaragüenses, pensaron primero en utilizar a los otros como instrumento de sus propios intereses. Entre tanto, el gobierno leonés fue atacado por una fuerza procedente de Honduras. Muñoz salió a enfrentárseles y los derrotó totalmente en el pueblo de El Sauce, pero durante el combate encontró la muerte.

Si bien el general Muñoz tenía muchos defectos, era, con todo, el hombre más ilustrado de Nicaragua en aquellos días. Sabía que su patria, y la América Central en general, sólo podrían salvarse con la introducción de elemento humano procedente de Estados Unidos y Europa. Tenía toda la ambición que era de esperarse de un general hispanoamericano, y, de acuerdo con su procedimiento y criterio, el Gobierno Militar era lo más apropiado a la situación de Nicaragua. Pero si él hubiera sido dueño absoluto del poder lo habría usado en provecho de los intereses de su patria. Donar tierras nacionales a los inmigrantes, facilitar la naturalización a los extranjeros, conceder libertad de cultos, implantar un método de educación pública, secularizar las llamadas capellanías, y restablecer la federación centroamericana, eran unos cuantos de los principales puntos del programa gubernativo que el general tenía en mente.

En Managua, en mi viaje de regreso a Granada, su adversario, esta vez también en gorro de dormir, volvió a interrogarme. En esta segunda ocasión arriesgué más que en la primera, pero el general Chamorro se condujo con su caballerosidad de siempre y todo salió a maravilla.

Don Fruto Chamorro murió en 1854 agotado por los quebrantos e inquietudes productos de una continua guerra civil durante la cual fue líder de uno de los dos partidos en lucha; era en esos días Presidente de la República. En la tragedia de la decadencia de la vida de estilo hispanoamericano en la América Central desempeñó un papel digno de admiración. Creo que fue un verdadero devoto de su patria que con su honestidad y firmeza de carácter pudo haber hecho mucho bien si sus ideas hubieran sido más amplias. Pero en el curso de los sucesos, su terquedad natural y estrechez de pensamiento se acentuaron constantemente, y así su filosofía política reaccionaria se fue haciendo más y más recalcitrante. Bajo su liderazgo su prevención contra los extranjeros que privadamente había exteriorizado antes y fuera causa de que el Senado rechazara la propuesta de traer extranjeros al país, fue confesadamente parte esencial del credo político del Partido Conservador de Nicaragua. Un extremismo engendró otro. El Partido Democrático, viendo y comprendiendo que el grado de prosperidad, riqueza y potencia alcanzado por Estados Unidos se debía a la emigración extranjera, y plenamente convencido de que, con todo y sus riquezas y ventajosa situación geográfica, la América Central no escaparía de la ruina si no llamaba en su ayuda la pericia, la inteligencia, el dinamismo, la empresa y el capital de aquel gran país, hizo solicitud de ello, costara lo que costara; y así fue que, estando otra vez en guerra en 1854, el partido, bajo la jefatura de Castellón, tomó la resolución deses-

perada de pedir ayuda a una banda de aventureros americanos bajo el mando de William Walker. El resto es bien conocido de todo el mundo.

El 28 de Agosto regresé a Granada y me encontré con todas sus calles atrincheradas. Pero no me quedé a ver el desarrollo de los sucesos. Salí de Granada el 2 de Septiembre de vuelta a Nueva York. En San Juan del Norte, puerto que durante el tiempo que pasé en el interior del país había crecido considerablemente, hice amistad con el capitán Samuel Shepherd, conocido por su empeño en decir que era propietario de no recuerdo cuántos miles de millas cuadradas de las tierras del reino de la Mosquitia. Shepherd, muerto hace algunos años, me dio la impresión de ser un hombre de extraordinario carácter; uno de esos tipos que dejan honda impresión en la memoria de todo aquel que los ha conocido. Tenía ya más de setenta años cuando lo vi, pero aun estando semiciego y con unas cuantas costillas rotas, conservaba todavía restos de su poderosa constitución física y muchas energías. Me dijo que había vivido desde su juventud en la Mosquitia sin enfermarse nunca de gravedad. En su opinión, el país era en lo general perfectamente saludable. Y cuando en respuesta a sus preguntas le conté al viejo caballero que había estado en el río Mico, desplegó brazos y manos en toda su anchura y, como inspirado por una visión de la belleza y riquezas de su propiedad, exclamó: "¡Esas tierras son todas mías!"

Salí de San Juan del Norte el 12 de Septiembre y el 21 llegué a Nueva York, tras una ausencia de exactamente un año.

CAPITULO X

Viaje a Honduras — Excursión fluvial — Paisajes y lugares — Informes referentes a los restos de la colonia belga de Santo Tomás — Bonanza — Ruinas de Belice — Laguna de Manatí — Ranchería de negros — La raza negra en circunstancias favorables — Cueva del Manatí — Ríos subterráneos — Observaciones geológicas.

Antes de dar mis impresiones que sobre la América Central dejaré escritas en el último capítulo de este libro, quiero hablar del corto viaje que hice al establecimiento británico de Belice y a la costa norte de Honduras en los primeros meses de 1857.

Me acompañó mi familia y un amigo que con nosotros vino desde Nueva Orleans, y no me salí de los límites que las circunstancias imponían. No obstante lo cual, y aunque en ciertos casos no queríamos sino satisfacer nuestra propia curiosidad, quiero creer que, mal que bien, contribuiré con mi relato a entretener al lector describiendo esa parte del país.

Fue el 8 de Febrero que zarpamos de la desembocadura del Misisipi. El mar estaba muy bravo, y nuestro bergantín, el "Creole", leño hidrópico con muchos años de romper olas, tenía alojamientos muy incómodos; pero el viento norte que encrespaba el oleaje nos llevó a la bahía de Belice en poco más de cinco días. La comunicación entre este puerto y Nueva Orleans la mantienen unos pocos bergantines y goletas que salen por lo general uno cada dos semanas. Son embarcaciones muy malas. El cargamento principalmente consiste en provisiones como decir harina, carne salada, jamonés, licores, etc., para los cortes de madera. De regreso a Nueva Orleans hacen escala en la isla de Roatán, en donde cargan plátanos, cocos y bananos.

Me abstengo de describir la pequeña ciudad de Belice porque sé que es bien conocida en Inglaterra. Mas no así los paisajes del país que sus habitantes no saben apreciar.

A principios de Marzo hicimos una excursión de dos días remontando a canaleta el río; de vuelta sólo tardamos uno. El curso de este río es

muy tortuoso, y tanto lo es que hasta el punto más lejano de nuestra excursión pudimos haber llegado en seis o siete horas a caballo; el camino que por el lado norte del río lleva allá por tierra va derecho cortando las curvas del río. Lo navegamos en un pipante largo canaletado por seis caribes. Tenía un toldo para protegernos del sol. Debo a Mr. Tarvis, de la casa comercial James Hyde and Co., el habérmolo facilitado.

El río Belice desemboca en el mar por dos brazos que se bifurcan en cierto lugar llamado Haulover, el mismo punto que fue guarida del pirata Wallace, y más tarde sede del gobierno llamado ahora de Honduras Británica, la cual sede estuvo allí hasta que fue trasladada a la desembocadura del brazo meridional. Allí ha sido edificada la ciudad siguiendo la costa del mar; conecta las riberas del río un puente de madera. Este brazo meridional del río que puede tener seis o siete millas de largo es angosto y fluye entre tupidos manglares. El brazo septentrional, que arrastra un caudal mucho mayor de agua, es ancho, y desde Haulover se ve el mar muy cerca. De allí para arriba, hasta un lugar llamado Boom, en donde por medios artificiales ha sido estrechado el río y se lo ha cerrado con una cadena de hierro con el objeto de detener las trozas de caoba cortadas río arriba, la corriente tiene tan respetable apariencia que creo podrían navegarlo vapores.

Habiendo salido de Belice por el brazo meridional, pudimos ver el característico escenario de los macizos de mangles orlando las riberas del río que bañan las mareas. Millares de ramas entrecruzadas de una vegetación invertida alzan los troncos de los árboles hasta más arriba del agua para hacerles parecer las piernas de la selva, y formando un laberinto de arca-das y grutas bajo las que pueden pasar las canoas, y en donde, a cien yardas de distancia, bien podría ocultarse una flotilla entera de ellas. Es de todo punto de vista evidente que, junto con los arrecifes coralíferos de la costa, estos macizos deben haber contribuido grandemente a la seguridad de los primeros colonos aventureros establecidos allí a despecho de la persecución y la sanción de las autoridades españolas. Pero la variedad de tan grotesco trasfondo hizo agradable la monotonía general de nuestro viaje por ese sector. Nuestros bogas caribes canaletearon siempre de buen humor demostrando su destreza con el canaete dando de rato en rato un doble golpe en el agua en el tiempo en que se da uno solo, o bien revoleándolo en sus manos para volver a tomar la posición correcta al mismo tiempo que entonaban en voz baja sus canciones de extrañas melodías en una lengua incomprensible.

Un poco arriba de Haulover desaparecen los mangles. Las riberas se alzan sobre el nivel del agua y comienzan a ser cultivables. Cuando el río se sale de madre, cosa que ocurre en el invierno, la tierra se anega. De cuando en cuando pasábamos frente a un ranchito, semioculto entre las enormes hojas de los plataneros y bajo la sombra de unos pocos cocoteros. Tras unas tres o cuatro horas de canaleteo llegamos a la hacienda de Mr. R., terrateniente alemán. Grata sorpresa nos causó la nitidez de la pequeña vivienda en que fuimos recibidos con la cordialidad que era de esperarse

de un buen compatriota. El señor y la señora de R., nativos de las riberas del Rhin, fueron de los primeros pobladores de la malograda colonia belga de Santo Tomás, en la costa de Guatemala, donde el matrimonio vivió muchos años antes de establecerse en el presente lugar. La ubicación de su casa es magnífica. El río, que acarrea aguas de una doble corriente, pasa frente a la casa; en la ribera opuesta se aprecia en toda su hermosura la residencia del Doctor Y., dueño de una de las más antiguas haciendas del río Belice. Una larga hilera de palos de coco, plantados en forma ordenada, se extiende a lo largo de la ribera, desde la cual se despliega hacia el interior una planicie siempre verde.

El señor y la señora de R. elogian el clima del país en que residen, y quienquiera que los vea puede darse perfecta cuenta de lo saludable que debe ser, si bien confiesan ellos que no han sido inmunes a algunos ataques de fiebre intermitente. Tienen, sin embargo, una casi igualmente favorable impresión del clima de Santo Tomás, y esto a pesar de la terrible reputación que ese lugar adquirió a causa de la mortandad de colonos belgas ocurrida allí. En Belice viven actualmente varias personas que fueron colonos en Santo Tomás, y me tomé el trabajo de recabar y confrontar sus informes referentes a la desventurada suerte de la colonia; y todos coincidieron en que fue poco lo que el clima tuvo que ver con su fracaso. De la tierra dicen que es rica y bella, y del clima igual; pero de la compañía colonizadora que los llevó, y en especial de los directores de la propia colonia, dicen horrores. Mediante un disparatado sistema de distribución y abuso de poder, los colonos, llevados al corazón de la soledad, en donde la compañía había prometido construirles casas para todos, fueron despojados de su libertad individual y sometidos a trabajos forzados en beneficio de lo que dieron en llamar "la comunidad". Y mientras vivían así, en condiciones apenas mejor que de esclavos, se les dejó perecer por falta de alimentación adecuada, pues casi todos los víveres suministrados por la compañía eran inservibles. Eso causó la muerte de gran número de colonos, y muchos tuvieron que trasladarse a otros lugares. Sin embargo, algunos, principalmente alemanes, se quedaron allí y se me dice que la están pasando más o menos bien. De resultas del incumplimiento del contrato por parte de la compañía, la colonia de Santo Tomás volvió a la soberanía de Guatemala, y los colonos que se quedaron viven ahora, bajo el régimen del presidente Carrera, mejor que cuando estaban bajo la férula de los especuladores europeos. Algunos siembran batatas y otras legumbres en mayor escala de lo que se consume allí, de modo que de tiempo en tiempo las llevan a vender en sus botes a Belice. La construcción del proyectado ferrocarril de Honduras mejoraría su situación, ya que ahora hasta la ciudad de Omoa se ve obligada a comprar a los caribes muchos artículos de primera necesidad.

Eso es todo lo que logré saber del pasado y del presente de Santo Tomás, lugar que, en cuanto a la conveniencia de colonizar regiones tropicales, tiene fama de ser uno de los peores. "Relata refero".

A medida que remontábamos el río, el paisaje se hacía más y más ameno. Ribeteadas sus márgenes con macizos de elegantes especies de palmeras diminutas propias para adornar suntuosos salones, las que en pequeña escala muestran las proporciones relativas de las representantes más características del reino de las palmas, y desde más arriba de éstas cuelgan, meciéndose blandamente sobre la superficie del agua, las largas y finas hojitas verde-tierno del bambú. Allí las riberas se alzan a unos veinte pies sobre el nivel del río. Hermosas sabanas se despliegan por ambos lados, moteadas, como si fueran parques, por apiñamientos de árboles o de manchones selváticos. Por aquí se ve la verticalidad majestuosa del palmito, como modelo vegetal de la columna griega, y liso su tallo como el mismo mármol, se yergue en plástica belleza, y por allá el corozo que puede considerarse como la más perfecta representación de lo fantástico en la flora tropical. Engalanado su tronco del más rico atavío de parásitas de las familias de las aráceas, de las orquídeas y las bromeliáceas, sus plumosas ramas péndulas se doblan en airoas curvas al peso de su propia exuberancia o de la carga de las pomposas trepadoras. Esta especie de palmeras son semejantes a las lindas vírgenes que eran gala de las cortes de los príncipes aztecas o de los incas del Perú.

En ningún otro lugar de los que visité en el país se agrupan estas palmeras para formar un más bello conjunto que en las vecindades de lo que llaman el Boom; aquí se yerguen dispersas sobre la lisa llanura de una bellísima sabana en la que pastan numerosos rebaños de ganado vacuno. Sabana y rebaños son propiedad de Mr. B., acaudalado hacendado sin ningún deseo de explotar su riqueza. Pero la noche que dormimos bajo su hospitalario techo tuvimos la oportunidad de ver que el dueño de muchas leguas cuadradas de tierra y de miles de cabezas de ganado carecía del mínimo confort que es común en Estados Unidos hasta en la cabaña de un mísero pionero; y esto en las cercanías de una ciudad como Belice, de la que desde Omoa se importa casi semanalmente por mar el ganado para el consumo de la población. Un yanqui, en su situación, ya hubiera monopolizado el mercado ganadero de Belice; hubiera parcelado sus tierras en quinientas finquitas; hubiera trazado una ciudad en sus terrenos de las márgenes del río; y habría vendido fincas y solares a miles de emigrantes a quienes antes hubiera halagado para establecerse allí; y, por último, después de haberse hecho millonario, hubiera construido un palacio para su familia en Boom, o viviría ya en cualquiera de las grandes ciudades de Estados Unidos o de Europa.

Ese lugar, el Boom, en otras manos, sería asiento de una ciudad grande, y ciertamente bella. Salimos de allí temprano de la mañana, y a eso de las tres de la tarde llegamos a Baker, en donde pasamos el resto del día habiendo ido de paseo al vecino cerro del Pinar.

En dejando la ribera del río se entra en una nueva zona de muy diferente fisonomía, ya que desaparece la lujuriente vegetación tropical. Rodeados de pinos y macizos de palmitos nos encontramos en terreno arenoso, tapizado de una yerba zacatosa y muy áspera. La tierra es aquí muy superior

a la de las regiones coníferas de las Carolinas; no obstante lo cual, el viajero llega a imaginarse que ha sido de repente transportado a alguno de aquellos estados norteamericanos.

No tuve oportunidad de examinar ni de informarme acerca de las particularidades agrícolas de las zonas coníferas que tan gran extensión ocupan de la región oriental de la América Central. Dícese que contienen excelentes pastizales, y sus numerosas lagunetas son estanques naturales de agua potable, que ni aun en verano se secan. Sin embargo, el suelo parece ser pobre, aunque puede ser apropiado para el cultivo de algunas hortalizas; pero una cosa sí es cierta, y es que las zonas coníferas de la América Central son fuente inextinguible de trementina. La cantidad de resina que contiene el pino de aquí es tal que cuando en la noche se necesita luz se arranca una astilla de cualquier tronco de pino y se le enciende como cualquier antorcha manufacturada por el hombre.

En las regiones más altas del interior, dicen los informes, las zonas coníferas tienen mejor aspecto. En Honduras son esas las más ricas en pasto que nutre a millones de reses, las que según me dijo un caballero suizo recién llegado del interior de aquella nación, en nada son inferiores al mejor ganado de su patria.

A pocas millas de Baker está el cañaveral de New Boston cuyo dueño vive en Belice. Sentí gran pesar cuando ya de vuelta en Belice un joven francés me dijo que en ese cañaveral hay ruinas arqueológicas similares a las de Yucatán, y que se han desenterrado ídolos y otros objetos.

Regresamos al siguiente día. De haber seguido remontando el río hubiéramos llegado en pocas horas a los raudales de su curso bajo. Estos son algunos de los que interrumpen la navegación. En canoa puede remontárselos, pero hay que sirgarla.

Me causó buena impresión lo que vi del río Belice, y me dijeron que más arriba las tierras están casi vírgenes. No otra cosa sino la historia de la política de colonización británica explica el por qué no se han aprovechado las bendiciones que la naturaleza ha derramado sobre esa región.

Pocos días después salimos en excursión a la laguna de Manatí, sita en la ensenada que sobre la costa queda unas veinte millas al sur de Belice. Mr. Dieseldorff, comerciante alemán establecido en esa ciudad, tuvo la gentileza de facilitarnos su excelente lancha con calado de $3\frac{1}{2}$ pies, en la que podíamos surcar la laguna. La tripulaban dos hercúleos negros —expertos marinos y hombres de montaña a la vez— del tipo que se ve corrientemente en los cortes de madera. Alistamos provisiones para varios días, y en la mañana del 10 pasamos la barra del río Belice y bordeamos la costa rumbo al Sur. Siempre costeano vimos los ranchos del poblado de Sherboon, en la boca del río de ese nombre. Me dijeron que en su barra hay otro pueblo de cortadores de caoba que utilizan el río para acarrear la madera. La compañía Young, Toledo and Co., tiene trabajos río arriba en

donde se desvía el brazo meridional del río. A medida que avanzábamos las lomas y los cerros del territorio británico se hacían más altos, hasta que, habiendo llegado muy cerca de la playa, dejamos de verlos debido a la interposición de los árboles de la montaña que va a lo largo de la playa. Después de navegar cuatro o cinco horas, anclamos en la caleta que parecía ser la boca de un angosto río, orlada de mangles, pero que no es sino un canal que conecta el mar con la laguna, por el cual el agua salada sube y baja con las mareas. Cuando llegamos estaba baja la marea, cosa que impidió el paso de la lancha; pero, habiendo esperado en la playa unas pocas horas que las pasamos muy entretenidos, cruzamos la barra con toda felicidad.

El canal se alarga varias millas, es angosto y tiene muchos meandros. De tiempo en tiempo los altos mangles de las riberas interceptaban la leve brisa de la tarde; luego los dos bogas echaron mano a los canaletes, y sus poderosos brazos dieron impulso a la lancha. Pero avanzábamos lentamente y el sol se puso cuando llegamos al extremo del canal; allí apareció de pronto un escenario novedoso. Por entre una abertura de los dos muros de mangles un doble chorro de luz, con brillantísimos tintes de oro y bermellón, estalló ante nuestros ojos. Surgiendo del horizonte occidental, detrás de una empinada y montañosa serranía, los rayos solares se reflejaban desde la superficie de un ancho estanque que circundado de selva se desplegaba a sus pies. Como misteriosa banda de tinieblas entre dos océanos de luz, esta serranía, envuelta ya en las sombras de la noche, era una muralla entre dos cielos; uno arriba y otro abajo.

Y entramos en la laguna de Manatí. Junto al canal tiene el agua poca hondura. Varias veces la lancha rozó el fondo. Los dos marineros tuvieron que echarse al agua para ponerla de nuevo a flote. Anclamos cerca de una estrecha franja de tierra de muchas millas que entra en la laguna, corriendo desde su extremo sur al norte. Aquí, entre cocoteros y lejos del resto del mundo viven sus habitantes que son unos cuantos negros y mulatos. Por el idioma que hablan debe ser de diferentes rumbos del globo; algunos se expresan en francés, otros en español, y otros más prefieren hacerlo en inglés, y aun los hay quienes lo hacen en una mezcla que es, sin duda, combinación de varias lenguas africanas con injertos de diversos dialectos europeos que se hablan en las Antillas. De estos negros es nada lo que se sabe en Belice, en donde los mejor informados nos habían dicho que tendríamos que acampar en los bordes montañosos de la laguna. Al oír esto nuestros marineros sólo se sonrieron misteriosamente como queriendo decir "déjenos usted hacer y ya verá". Y era aquí mismo en donde tenían sus casas, las que había dejado por largo tiempo para irse a los cortes de caoba del interior, o a trabajar al puerto de Belice. Toda la gente de allí eran sus amigos o parientes, y con ellos pasaron la noche, dejándonos a bordo de la lancha, pues rehusamos su invitación de ir a dormir a tierra. Por la mañana volvieron y luego desembarcamos junto a unos ranchos de cañas rodeados de palmeras en una lengua de tierra de no más de cien yardas de ancho. Mujeres negras y morenas con sus niños nos rodearon en seguida. Fueron pocos los hombres que vimos en esa ranchería.

La tierra allí no tiene trazas del menor cultivo, y es que el suelo, aunque cubierto de árboles, matorrales y yerbajos, parecía ser muy pobre; era sólo una acumulación de arena. En esa larga y estrecha franja no había agua potable; debía traérsela en botes de las riberas opuestas. Pero como en ella abundan los cocos, el agua no le hace falta a nadie.

Aun cuando fuimos —quiere suponerlo— bien recomendados por nuestros marineros, la población de este apartado lugar me pareció mal dispuesta para con nosotros, o por lo menos que no les gustó nuestra visita. Pero esta actitud —si realmente fue así— tiene su explicación. Porque ¿podrá haber quien dude que en cualquier parte de suelo americano en donde exista una población negra independiente no ha de sentir recelos al ver llegar gente de la raza blanca, teniendo, como tiene, suficientes motivos para ello? ¿Y quién habrá que niegue que de establecerse allí el hombre blanco no habría de perturbar su vida tranquila y el goce de su libertad? Hoy por hoy su vida allí es de una casi completa autonomía y de quietud sin par, no de ociosidad, entiéndase bien, pero tampoco de afanes extenuantes. La laguna contiene cantidades inagotables de gran variedad de peces, y en sus riberas abunda la caza de toda especie, de saínos sobre todo. Mas para abastecerse de algo más que de lo indispensable para poder vivir, los hombres, dejando sus familias al resguardo del aislamiento natural que les ofrece ese lugar recoleto, emigran durante parte del año para volver a casa con los jornales ganados penosamente en los cortes de madera.

Una excepción a la frialdad con que fuimos recibidos por el resto de la comunidad fue el caso de una joven mulata de muy agradable y gallardo porte, quien con exquisita urbanidad invitó a la señora de Froebel y todos nosotros a visitar su casa en donde cumplidamente hizo los honores de la más cordial hospitalidad. Por sus refinados modales y por todo lo demás la bautizamos la Reina de Manatí, o la Negra Preciosa de Honduras Británica. Nada había en ella de los torpes modales típicos de la raza negra. Al contrario: todo lo hizo con un buen gusto muy natural en ella, cosa que por cierto no se ve con frecuencia ni en la sociedad de ciudades civilizadas. Su garbo era de turbadora bizarria, vestía bata flotante de muselina blanca y en la cabeza lucía un pañuelo azul enrollado a manera de turbante según el uso antillano. En su cuello moreno llevaba un collar de cuentas blancas. Sus facciones, si bien no ocultaban su ancestro africano, eran muy finas y dejaban en uno muy buena impresión. Sus ojos despedían destellos de inteligencia y vivacidad, y sus dientes de una blancura nivea estaban montados en una perfecta herradura. Era, en fin, una bella estampa de su raza. No nos sorprendió, pues, que uno de nuestros jóvenes acompañantes, nacido en las frías riberas del Elba, se enamorara perdidamente de esta fascinante hija del sol tropical; pero ella escuchó los requiebros con singular mezcla de dignidad y picardía.

Y ya que hago elogios de los negros libres de este territorio, no quiero dejar de mencionar las excelentes cualidades de nuestros dos marineros. Si Preciosa era un dechado de la donosura afro-antillana, Mr. Barnard, uno

de los dos negros, era el prototipo de hombre varonil en la mejor acepción de la palabra. De estatura gigantesca y constitución hercúlea, y además muy bien proporcionado, las inclemencias de cien huracanes y los peligros de la montaña había dado elasticidad felina a los movimientos de su cuerpo. De carácter afable e inteligencia natural, era dueño de una cortesía que corría parejas con su comportamiento. Trataba de satisfacer nuestros deseos en cuanto se daba cuenta de ellos, y si era por el confort de mi familia, a ella se dedicó con tanto esmero que hizo casi todo lo que me tocaba hacer a mí. Cuando con pocos golpes de su machete, abría un coco que sostenía entre sus dedos, o cuando partía la nuez en dos teniéndola delicadamente en la palma de la mano izquierda, para luego ofrecerla a uno de nosotros, era difícil concebir que hubiera otro en el mundo capaz de hacer, a un tiempo mismo, tal despliegue de destreza con tanta fuerza y tanta gentileza.

Permitame el lector asegurarme que estos retratos de una negra y de un negro fueron tomados del natural. Y a esto quiero agregar que, por lo general, los negros libres nacidos en la América tropical tienen mejor desarrollo físico que aquéllos, libres o esclavos, nacidos bajo el clima e instituciones menos benévolas de Estados Unidos.

Varias isletas, penínsulas y lenguas de tierra dividen en brazos y cuencas la laguna de Manatí; y por un estrecho canal, semejante al que nos sirvió de entrada, se conecta con otra más grande todavía, situada al norte. En ésta no hay un solo habitante. Un caño, llamado Manatí, entra en la primera laguna, y a ella baja por entre cascadas y raudales desde las montañas de aquel lado. Unas diez o quince millas antes de caer en la laguna pasa por entre el túnel natural del interior de una montaña que se puede navegar en canoa. El río Manatí, pues, tiene también la característica de la geografía de Yucatán y de Honduras.¹⁸ A este paso subterráneo se le llama Gran Cueva de Manatí, y llevábamos la intención de ir allá, pero nos dijeron que en esa época era sumamente trabajoso remontar el río, ya que hubiéramos tenido que empujar la lancha más de diez veces sobre los bancos de arena. En las cercanías hay otra cueva llamada Ben Lomond. Queda en una altura rocosa, al noroeste de la laguna. Un escocés de Belice, dueño de esas tierras en donde trató de establecer un ingenio de azúcar, le puso ese nombre. El mismo hombre comenzó a fundar otro al suroeste de la laguna, al que llamó Cumberland Hall, pero aquí, como en aquél, fracasó económicamente. Fui a Cumberland Hall y encontré una muy hermosa casa invadida desde años atrás por la selva. Restos de la valiosa maquinaria yacían bajo la vorágine vegetal.

Y puesto que queríamos visitar alguna cueva, dispusimos ir a la de Ben Lomond, y hacia allá enfilamos.

Tras de unas horas de navegación fondeamos en las aguas poco profundas de la bahía, frente a una sabana bella como un vergel. Había en ella

¹⁸ El lago de Yojoa, de Honduras, tiene, según dato de Mr. Emory Edward, publicado por Mr. Squier, muchos ríos subterráneos.

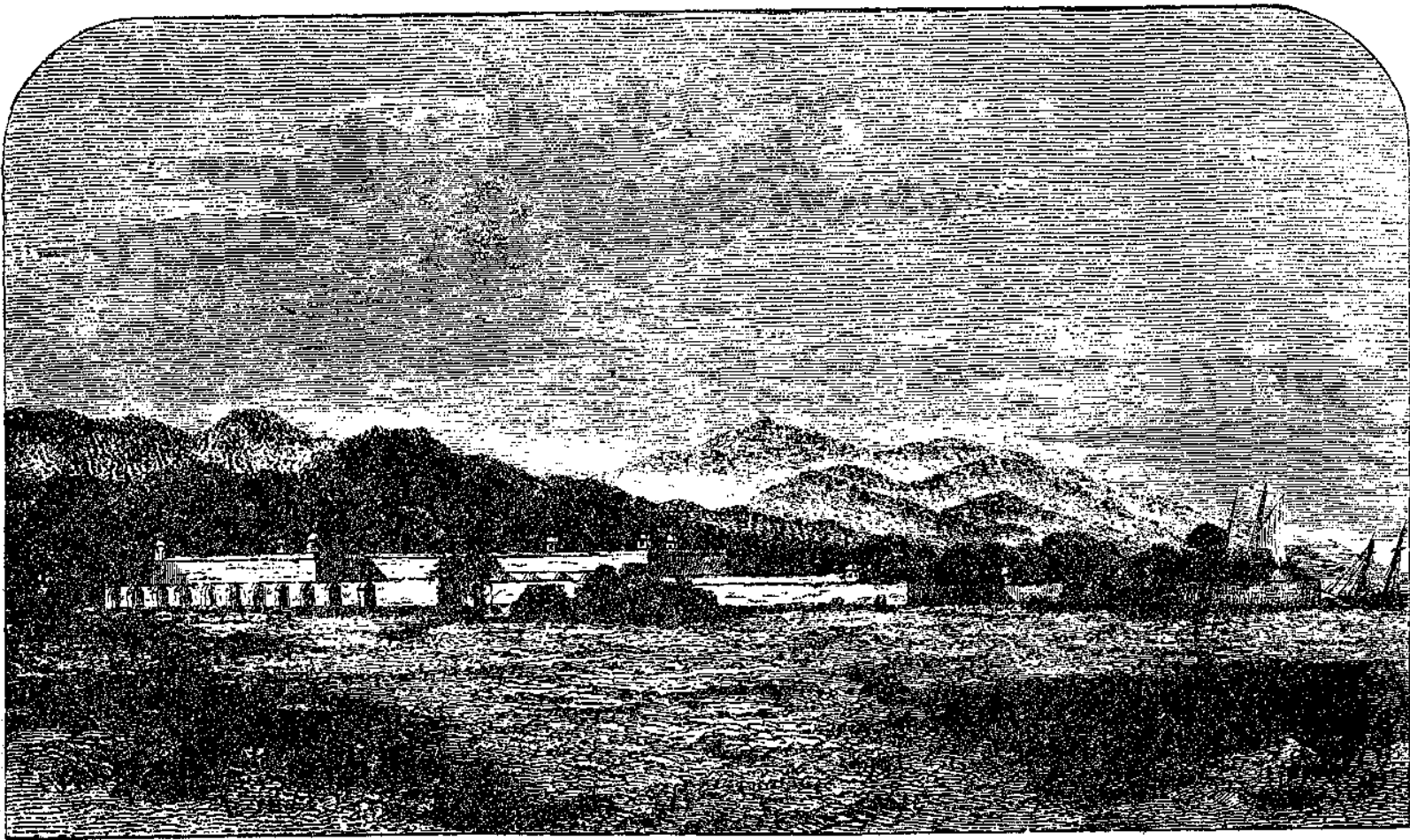
pinos y palmitos que se extendían como una milla hasta el pie de unas lomas empinadas y muy enmontadas. En una estaba la cueva que íbamos a visitar. Sin embargo, un accidente me impidió entrar en ella, por eso no la describo. Algunos del grupo sí entraron, y, según dijeron, es una maravilla. Tiene estalactitas de fantásticas figuras, grandes salones y estrechos pasadizos; pozos y túneles los hay por doquier. Yo, que me quedé a la entrada, advertí de pronto que los dos marineros, a quienes creía en la playa, venían caminando detrás de nosotros; mi familia, que se había quedado allá mientras yo examinaba los alrededores de la cueva, quedó pues completamente sola y sin ninguna protección en aquellas soledades. Al darme cuenta de ello sin perder un solo momento corrí a acompañarla. Entre tanto el cielo comenzó a fruncir el ceño amontonando nubarrones tormentosos. Y antes de que pudiéramos refugiarnos en la lancha nos cayó un aguacero encima. Fue un aguaje temeroso. Empapados en un minuto hasta los huesos, pudimos con alguna dificultad llegar hasta la lancha, en donde tratamos de sacar el mejor partido mientras nuestros amigos por allá se las veían negras. Después de una hora de lluvia el agua comenzó a inundar la sabana hasta el pie de las lomas, de manera que para volver a la playa tuvieron que caminar con el agua a la cintura.

La boca de la cueva es áspera y fantástica. De entre espesos matorrales verde-oscuro en los que crecen pequeñas palmeras, se alza hasta cien pies o aún más un muro perpendicular de roca gris-plateada. Gruesos bejucos cruzan y recruzan el muro de arriba abajo y viceversa, unos en línea recta, otros hacen volutas. Al pie de este muro está la entrada con estalactitas que cuelgan del techo hasta perderse en las tenebrosidades de adentro.

Siendo como es el suelo de la sabana cenagoso por naturaleza, varios días habrían de pasar hasta que fuera otra vez transitable. Así que tuvimos que regresar a Belice en espera de otra ocasión para visitar la cueva.

El paisaje de los alrededores de la laguna de Manatí es ameno. El suelo no es rico, pero una región tropical en donde llueve más de lo suficiente, es ya una buena recomendación.

Con respecto a la salubridad del clima no pude obtener ninguna información; mas por lo que vimos me parece que es bueno. Las lomas empinadas de allí son de piedra caliza metamórfica, que, cuando pude examinarlas detenidamente, me parecieron mármol cristalino jaspeado, de excelente calidad para construcciones. En cuanto a la naturaleza geológica del territorio en general, parece ser bastante similar al del oeste de Texas. De acuerdo con las descripciones que me hizo un caballero conocedor del interior del país, las más altas montañas de las fuentes del Río Belice y del Sherboon tienen en su centro rocas plutónicas, flanqueadas por estratos de pizarra negra, y sobre éstos yacen capas de piedra arenisca con arcilla. Estos estratos, de que están constituidos los cerros de pinos del territorio, en tanto que los cerros de piedra caliza, con las cuevas y túneles, puede bien pudieran pertenecer a las piedras areniscas rojas de nueva formación, que sean de formación jurásica.



Castillo de Omoa.—Libro I, Cap. 11.

CAPITULO XI

Continuación de mi viaje a Honduras — Omoa — Agradable navegación en el Golfo de Honduras — Rancherías caribes del territorio británico — Los Cayos de Zapodilla — Cerros de Cuyamel — Omoa — El malinche — Paisaje agreste de las inmediaciones — Influencias climáticas de los vientos nortefíos — Robles a la par de cocoteros — Aves migratorias del Norte — Excursión a la terminal septentrional del Ferrocarril Interoceánico de Honduras — Caserío caribe de Tulián — Rigurosidad de la justicia en el Caribe — Puerto Cortés y la Laguna de Alvarado — Panorama — El Ferrocarril Interoceánico de Honduras.

El 28 de Marzo zarpamos de Belice para Omoa, uno de los dos puertos que Honduras tiene en la costa atlántica. Cuatro o cinco pequeñas goletas mantienen la comunicación entre ese lugar y Belice; sus tripulantes, y los patronos también, son negros o caribes, de quienes no puede esperarse más que muy rudimentarios conocimientos náuticos. Pese a ello, las goletas llegan siempre a su destino. Pero digamos de una vez que para hacer ese viaje no es necesario ser ningún Magallanes. La mayor parte de la travesía, que corrientemente se hace en día y medio o dos, corta un sector del Golfo de Honduras, bien protegido contra el recio oleaje oceánico por una escollera casi continua de cayos y de arrecifes de coral. Es un mar tan calmo que pueden navegarlo tranquilamente en canoa hasta una negra o un muchacho caribe. Nos embarcamos en una de esas lanchas costeras.

El viaje es sumamente agradable. El clima es delicioso, el mar quieto, el panorama que la costa ofrece por un lado con sus montes y por el otro los cayos, es muy ameno. Notamos al avanzar que las montañas del sur del territorio británico se elevan visiblemente: primero, las lomas de las cercanías de la laguna de Manatí, y más allá el perfil mellado de las montañas de Coxcomb, que por sus atrevidos relieves tienen cierto parecido con los picachos del monte Pilatos, en Suiza. Los caseríos caribes de North y South Stanecreek, quedan en esa sección de la costa. Por el este teníamos un rosario de islas bajas de formación coralífera, con mangles y cocoteros; entre ellas vimos algunos botes de vela de pescadores caribes. La ocupación de estos hombres mantiene abastecido el mercado beliceño. Las

islas carecen de agua potable, pero, si se las llegase a poblar, sería fácil obtenerla llevando tanques, como se hace en Belice, en donde no se bebe otra agua que de lluvia. Las islas, por otra parte, tienen tantos cocos que no haría falta otra clase de agua. El fin de la cadena de islas que se extiende en dirección a Omoa lo forman los Cayos de Zapodilla, donde el derrotero de los barcos cruza hacia el lado opuesto del golfo. Son ellos un pequeño archipiélago de preciosas islas, a donde los habitantes de Omoa suelen ir de paseo a respirar brisa marina pura y descansar unos días. El mar que las rodea abunda en muchas clases de peces.

Amanecimos el 30 con la costa hondureña en frente. Una serranía de altos montes, que llaman cerros de Cuyamel, se alza al oeste de Omoa, y da al escenario fisonomía muy singular. Vientos calmosos, de los que son frecuentes allá, nos tuvieron inmóviles por varias horas frente a Omoa. Pero al fin sopló una brisa salvadora y a las once de la mañana anclamos al abrigo del viejo castillo que allí se yergue como testimonio de la grandeza y decadencia del imperio español; es un *memento mori* de la raza que parece haber heredado lo último solamente. Un largo bajareque al pie de sus muros es la aduana del puerto. Dentro de él media docena de holgazanes de ambos sexos, tumbados en el suelo, o hamaqueándose plácidamente, dormitaban al son de un acordeón. Estaban seguramente cansados de tanto trabajar. En el curso de una conversación con el "Ministro de la Aduana" (tal es su título), cometí la indiscreción de preguntarle de cuántos soldados se componía la guarnición del castillo. El alto dignatario me asestó una mirada dura: "¡Señor!", respondió con gruesa voz, "¡toda la costa del país está suficientemente resguardada por nuestras fuerzas militares!" Mi inocente curiosidad despertó en él sospechas, y trató luego de desalentarme en caso de que yo estuviese en connivencia con filibusteros que quisieran tomarse la fortaleza. La guarnición, supe al día siguiente, consistía de veinte hombres, pero, si bien su número no era de temer, sus tambores sí metían mucho ruido. Después de pasarnos varias semanas en Omoa, y habiéndose desvanecido las sospechas, no sólo se me permitió visitar el interior del castillo, sino que el propio comandante nos lo enseñó todo con la gentileza típica del caballero hispano.

Pero, para seguir con el relato de nuestro arribo, digo que mientras esperábamos al bote que debía llevarnos a tierra, subió a bordo un hombre por todas las trazas sajón acompañado de una belleza de la raza negra, y mientras Miss Lucinda (que así se llamaba ella) abrazaba al capitán, Mr. F. me habló con la desfachatez de un mecánico alemán. "Me han dicho que usted es alemán", dijo. "¿Viene de paseo a Honduras? Omoa es muy bonito, y muy alegre también. Todos los sábados tenemos baile y se bebe bastante champán. A mí, por supuesto, no me cuesta nada, pues aquí hay algunos caballeros muy espléndidos. Y también nos divertimos los domingos. Ese día tenemos mitines democráticos, y los lunes y martes tienen los negros sus bailes. ¡Ya verá, pues, que aquí nunca faltan muchachas hermosas!" Y en ese mismo tono siguió hablando mi paisano, revelándonos ampliamente su recóndito conocimiento de las muchachas de la localidad, como queriendo interesarnos en ellas. Nos dijo que era joyero y se

encargaba de soldar las cadenas de oro de las portefías, trabajo que tuvo la franqueza de decirnos jamás hacía bien para tener que volvérselas a soldar al día siguiente del baile. Nunca en mi vida había topado yo con un hombre que viviese tan feliz de su trabajo, y ciertamente que si el "travail attrayant" del furierismo¹⁹ no es más que un sueño utópico, el alegre joyero de Omoa disfrutaba —y espero que siga disfrutándolo— de su realidad.

El puerto de Omoa, aun cuando tiene todos los atractivos de los paisajes tropicales, con su característica lujuriente vegetación, no es saludable ni se presta al comercio; y tan pronto como se abra la comunicación de Puerto Cortés con el interior del país perderá la poca importancia que hoy tiene como puerto marítimo. Junto con los comerciantes se irá el resto de la población al lugar últimamente nombrado, el cual sí tiene todas las condiciones requeridas para llegar a ser un emporio. En espera de ese cambio, algunos de sus habitantes —cuando estuvimos allí— no habían vuelto a reparar sus casas.

El poblado queda a un cuarto de milla de la playa, separado por una sabana. Al este hay una loma desde la cual se contemplan el golfo y su costa occidental con altas montañas. En la loma la espléndida "*Poinciana pulcherrima*", en variedad de colores rojo y amarillo, se ve a montones. A este árbol y a su bella flor se le llama malinche en Nicaragua y guacamayo en Honduras. Ambos nombres tienen connotación histórica, y hasta poética, ya que el primero fue el nombre de la querida india de Hernán Cortés, y el último es el mismo nombre de la llamada lapa en Nicaragua, y ara en otras partes de la América del Sur y la Central. Esta es una bellísima ave que los mayas parecen haber consagrado al sol.²⁰ En el más alto punto de la loma flota una bandera, y un vigía hace señales cuando avista un barco. Antes los vigías acechaban desde la cumbre de un monte más elevado y más distante, pero como a veces los tigres se los comían tuvo que ser abandonado. Esto no es cosa rara en las cercanías de Omoa; y un tigre, no hace muchos años, anduvo hasta en las propias calles del poblado.

Detrás del puerto se alzan unas lomas tan enmontañadas que son casi impenetrables. De entre ellas baja un hilo de agua. Un día de tantos, junto con un amigo, remontamos a pie cinco o seis millas de su curso. Hasta la mitad no tuvimos otro inconveniente que el de tener que cruzar y recruzar varias veces la corriente; pero más arriba la tupida vegetación de las orillas no permite el paso, de modo que nos vimos obligados a cami-

¹⁹ Derivado del apellido de Charles Fourier, socialista y reformador francés (1772-1837), autor de un sistema filosófico de organización social que establecía la división de los hombres en la sociedad según sus respectivas inclinaciones, y un nuevo modo de asociación llamado falansterio.

²⁰ En Itzamal "había un templo dedicado a Kinich Kakmó, ídolo con semejanza de sol y pico de pájaro. Le circundaban rayos de fuego, y bajaba a quemar el sacrificio ofrecido a mediodía, como baja el 'vacamuya' —pájaro de brillante plumaje— a posarse en una rama". *History of Yucatan*, Págs. 124-5, por Fancourt.

nar sobre el lecho. El agua es transparente y baja en cascadas corriendo sobre rocas de "gneis", mica-pizarra, y esquistos anfibólicos; gigantescos árboles coposos le dan sombra. Cubre sus riberas una gran variedad de helechos y cierto césped musgoso de licopodiáceas rastreras. Con las armas que llevábamos, y con el cuidado de mantener la pólvora seca, no era fácil caminar por en medio del río, a veces, vadeándolo para luego tener que saltar de una roca lucia a otra, a cuyo alrededor se hacía espuma brava el agua para en seguida pasar estrechada entre lajas y peñascos. Por fin comprendimos que era un despropósito seguir adelante. Dejamos el río y decidimos subir por una de las lomas laterales; y así lo hicimos. Pero como sólo pudimos ver con dificultad algo más allá de los primeros árboles de una montaña que se extendía sobre cerros empinados y estrechos desfiladeros en todas direcciones, acordamos volvernos a casa medio muertos de fatiga.

Lo que me llamó la atención en esta corta caminata por los alrededores de Omoa, fue el escaso número de pájaros tropicales que vi, en tanto que abundaban en variedad de clases las aves acuáticas de climas más septentrionales. Mr. Julius Levy, de Belice, joven que tiene inteligente interés en la historia natural de aquellas regiones, me dijo que en el invierno pasan grandes bandadas de pájaros sobre la costa de Honduras Británica pertenecientes a la fauna de Estados Unidos, en tanto que pájaros de las regiones tropicales tan bien conocidos como son las loras, tucanes y otros, desaparecen para irse a otras latitudes. Ese mismo parece ser el caso del Estado de Honduras; pero en Nicaragua no lo noté. Parece que la influencia de los vientos norteños del Golfo de México no llega hasta Nicaragua, pero sí soplan sobre Omoa, lo cual da a las regiones comprendidas dentro de los límites de su más lejana jurisdicción ciertas características de una naturaleza extra-tropical. Por tal razón, en referencia a la flora de Honduras Británica, puedo decir que he visto robles crecer, en la laguna de Manatí, a la par de altos cocoteros. En Omoa, en donde los pájaros tropicales no tienen más que trasponer la cadena de montañas de la costa para librarse de los vientos fríos, los ventarrones del norte avientan sobre esa costa bandadas de patos, cercetas y otras aves.

Durante mi estadía en Omoa visité la terminal septentrional del proyectado Ferrocarril Interoceánico de Honduras. El lugar —habitado entonces por unos cuantos caribes, y una sola familia de raza blanca que se había establecido allí y de la cual hablaré más adelante— se llamaba Paso Caballo; pero con autorización del gobierno de Honduras, los proyectistas lo rebautizaron con el nombre de Puerto Cortés; en tanto que a una preciosa laguna separada del mar por un listón de tierra de varios centenares de yardas de ancho, denominada antes Laguna de Puerto Caballos, se la llama hoy Laguna de Alvarado. De esa manera se recuerda allá a dos de los más renombrados conquistadores españoles. Dispuse ir allá con el cónsul americano y varios amigos más. La distancia es tal que en un mismo día puede uno ir y volver a pie, a caballo o por agua. Decidimos hacer el viaje por este último medio, saliendo de Omoa temprano de la mañana en una canoa con dos remeros caribes que nos llevaron costeano en dirección noreste.

La naturaleza del terreno es esencialmente la misma por esos rumbos del mundo. Por donde quiera la selva va junto al mar, ya sea teniendo a la vera una estrecha playa, o bien acantilados perpendiculares contra los cuales se estrellan las olas. Los acantilados son de un material rojizo que puede ser arcilla o piedra arenisca. Como no pude acercarme lo suficiente no puedo asegurar qué clase de roca es. Acantilados escarpados y montuosos orlan la costa, y por entre ellos bajan algunos riachuelos, como en Omoa: el Tulián, el Cienaguita y el Marqués. La boca de éste conecta con la laguna de Alvarado. En los lugares en donde estos riachuelos desembocan en el mar, y en donde el canal conecta al Marqués con la laguna, reducidos grupos de caribes tienen sus rancherías. Desembarcamos en Tulián y fuimos a desayunarnos a casa del jefe de los caribes, o "general", como se autotitula. Unas gruesas cadenas que vi frente a la puerta de su casa me llamaron la atención, y al inquirir para qué servían, me contestó que ellas y un cepo (instrumento hecho de dos gruesos y pesados maderos rectangulares que unidos forman en el medio unos agujeros redondos, en los cuales se asegura el cuello o la pierna del reo, juntando los maderos) eran para ponérselos a los criminales. El derecho penal de los caribes es extremadamente duro; pero, por otro lado, esa raza altamente respetable se caracteriza por su excepcional disciplina e incorruptibles costumbres. Por ejemplo, cuando se comprometen a trabajar en los cortes de madera, o en cualquier otra clase de trabajo, mantienen su palabra; el capataz, que es con quien se hace el contrato, responde por cada uno de los hombres a quienes manda. Pero ellos, por su parte, exigen de sus patrones el fiel cumplimiento de lo convenido, y cuando llega a su fin el tiempo para el cual fueron contratados —que en los cortes de madera es por lo general de ocho meses— dejan el trabajo y es entonces casi imposible hacerlos volver a él por un solo día más. Un caballero a quien conocí allá, buen conocedor de esa gente, me aseguró que cuando una mujer le es infiel a su compañero con un hombre de otra raza, la castiga apaleándola tan brutalmente que hasta llega a matarla. Piénsese de esa bestialidad lo que se quiera, el hecho es una clara demostración de la energía nacional de una tribu que cuando se vino a Honduras a fines del siglo pasado desde la isla de Santo Tomás consistía en un poco más de cinco mil personas, y ahora vive establecida a lo largo de la costa desde el Cabo de Gracias a Dios hasta Belice, y pueden proporcionar de cuatro a cinco mil hombres perfectamente capaces para trabajar en los cortes de madera. Cuando los hombres andan en esos trabajos o en otros, las mujeres cultivan el campo. Sus principales productos agrícolas son la mandioca y el casabe; éste, que es su pan hecho de harina de mandioca, es el nombre que le dan los caribes de Omoa y Belice al pan, y en esas ciudades lo venden. La gente de Omoa depende de los caribes para abastecerse de casabe y de muchos otros víveres. Casi todas las mañanas llegan en sus canoas cargadas de toda clase de pescados y moluscos, de iguanas, mandioca, batatas, plátanos y cocos, pues los hispanoamericanos de la ciudad son demasiado perezosos para sembrar siquiera lo que consumen.

Las casas de los habitantes de Tulián, edificadas bajo los cocoteros, son de taquezal y techadas de palma. Tienen su sembrados cerca del pueblito,

pero no tuve tiempo para ir a verlos. Años atrás eran más grandes, pero el ganado de Omoa que vive regado en millas de extensión, una vez que descubrieron los sembrados los arrasaron y fue eso de tal modo que muchos de los agricultores hubieron de trasladarse a las vecindades de la laguna de Alvarado, hacia donde los que aún quedan en la población están pensando en irse también. En cuanto se funde una ciudad en la terminal del proyectado ferrocarril interoceánico, los caribes de los alrededores arrimarán seguramente el hombro para contribuir a su desarrollo.

Puerto Cortés y la laguna de Alvarado, juntos, constituyen una admirable posición como puerto marítimo. La naturaleza los ha provisto de todas las condiciones necesarias para la fundación de una gran ciudad destinada a ser el emporio comercial de toda la costa oriental de la América Central; y poca duda queda de que tan pronto como se construya el ferrocarril, la gente acudirá a establecerse allí. Lugar hay hasta de sobra en la costa del mar y alrededor de la laguna. La planicie que se despliega hacia el interior, es apropiada para cultivarse en gran escala. El clima es delicioso, y la brisa marina amengua el rigor del sol. El flujo y reflujo de la marea es apenas perceptible en esta costa, hecho que contribuye grandemente a la salud de todos. Y si es por agua potable, no faltaría para la población de una ciudad grande. Además, en las inmediaciones abundan las maderas de construcción. Mas todas estas gangas, con todo y su importancia, son cosas secundarias en comparación con la excelencia de la bahía, que es el único puerto marítimo de primera clase que en el Atlántico tiene la América Central. Según opinión de alguien que tiene por qué saberlo, nada le falta con respecto a protección de la ciudad y abrigo de los barcos. Está cerrada por todos lados, salvo el oeste, y aún por ese lado hay una escollera que hace de rompeolas contra el embate del mar, pero sin obstaculizar la entrada. Ahora bien, la misma topografía de la línea costera del Golfo de Honduras forma una como mampara que detiene el ímpetu de los vientos. Cerca de la costa norte de la bahía, a unas cien yardas de la playa, la profundidad del agua es de cuatro a ocho brazas.

En la franja de arena que separa la laguna del puerto, y la cual en su parte más estrecha mide apenas tal vez cien yardas, con elevación de unos dos pies sobre el nivel del mar, encontramos a un europeo apellidado Fischer, viviendo allí con su familia. Tenía su casa entre un plantío de cocos que él mismo había sembrado; la cosecha era abundante. Fuera de eso y de unos pocos caribes que vivían en las cercanías, lo demás era pura soledad. En su vivir no tenía siquiera el confort de las familias caribes. El y su familia se mantenían de la caza, la pesca y sus cocos. Al preguntarle cómo se había resuelto a vivir allí con su familia, me contestó que se sentía orgulloso de ser el primer poblador de un lugar que estaba seguro con el tiempo sería una ciudad grande y próspera que en vez de palos de coco tendría palacios; y que, si él tuviera que morir antes de ver realizados sus sueños, se iría al otro mundo con la satisfacción de saber que la civilización había triunfado sobre su sepultura. Con agrado he sabido que Mr. Fischer ha visto ya a los ingenieros del Ferrocarril Interoceánico de Honduras hacer estudios geodésicos en la zona que él escogió para edificar su casa. Espero

que la compañía, que allá representa ahora el papel de destino, habrá de recompensar la fe ciega de ese gran optimista con algo más positivo que simplemente hacerlo gozar del espectáculo de ver al hacha de la civilización derribar sus propios cocoteros.

En cuanto a estos árboles vi que uno sólo tenía una carga de más de 40 cocos; y en ninguna otra parte he encontrado otros de agua más exquisita.

Recorrimos la laguna en una canoa de Mr. Fischer. Tiene dos millas y media de longitud y una y media de ancho, y es ovalada. Es salobre y su profundidad varía de dieciocho a veinticuatro pies. A ella podrían entrar barcos con calado de dieciséis a veinte pies y estarían perfectamente abrigados. En su costa norte, a treinta yardas de la playa, el agua tiene veinticinco pies de profundidad. Mientras la surcábamos vimos en sus aguas numerosísimas medusas, llamadas también aguamala. Las hay en tan grande abundancia que es difícil mojarse las manos sin correr el riesgo de quemárselas al tocarlas; por eso se las llama ortiga, o pica-pica de mar. Pero en otras partes de la laguna vimos cardúmenes de peces grandes.

El paisaje de los contornos tiene muchos atractivos, sobre todo por el contraste que ofrece la ribera del mar con las altas montañas que por el lado de Omoa se elevan sobre la playa. En nuestra estadía allí nos molestaron mucho los mosquitos y los ejenes. Esta molestia, por supuesto, desaparecerá en cuanto comience la tala de árboles y matorrales. Entre los diferentes proyectos que se estudian para construir una ruta interoceánica en la América Central, el ferrocarril a través de Honduras —que iría de Puerto Cortés al Golfo de Fonseca— es el más prometedor. Las ventajas de la excelente bahía en el Atlántico son evidentes. Y las del Golfo de Fonseca, en el Pacífico, son todavía mejores, y hasta extraordinarias, pues es dudoso que haya en toda la costa americana de ese océano una bahía que tenga las condiciones naturales que este golfo ofrece para fundar allí un emporio comercial. Ya se han hecho los estudios geodésicos preliminares entre estos dos puertos marítimos de primera clase, habiéndose confirmado que el ferrocarril no presenta dificultades dignas de consideración. Los estudios no sólo los han realizado ingenieros de la compañía dueña de la concesión otorgada por el gobierno de Honduras, sino que también el Coronel E. Stanton, del Cuerpo de Ingenieros Reales, enviado por el ministerio británico a verificar todo lo que han hecho los otros, ha corroborado los resultados y manifiesta que la obra es perfectamente factible. La longitud de la línea férrea, según los estudios, será de unas 200 millas de mar a mar, y el tiempo que tomaría ir por esta ruta de Nueva York a San Francisco, no pasaría de catorce días, mientras que el viaje entre esas dos ciudades, por la vía de Panamá, dura algo más de veinticuatro; y, por una u otra razón, todas las otras rutas actuales o proyectadas con el propósito de conectar el mundo occidental con el oriental a través del istmo centroamericano, son desventajosas en comparación con el Ferrocarril Interoceánico de Honduras. El canal a través de Nicaragua, de ser factible, sería una obra de mucha mayor envergadura que cualquier línea férrea a través

de la América Central, por donde quiera que se construyera. Pero, aunque se nos dice que esa gran obra será al fin construida, no podemos menos de poner en duda que llegue la presente generación a ver cruzar los barcos de un océano al otro pasando por Nicaragua. Puede que esa posibilidad sea sólo cuestión de tiempo y de dinero; pero de ser así me atrevo a decir que todo el tiempo y el dinero de que pueda disponer la generación actual será insuficiente para llevarla a cabo. La posibilidad de construir un canal entre el Lago de Nicaragua y el Océano Pacífico, aun cuando tropiece con las dificultades surgidas de la necesidad de alimentarlo con agua del lago, es cuestión relativamente secundaria. Mucho más extraordinarios serían el trabajo y el desembolso de dinero que ocasionaría la canalización del río San Juan, así como la construcción de instalaciones adecuadas para acondicionar las bahías terminales del Atlántico y del Pacífico. Pero aún cuando todas estas dificultades fuesen superadas, la existencia del canal afectaría al comercio del mundo de manera única —de eso no hay duda— pero jamás disminuiría la utilidad de un ferrocarril entre Puerto Cortés y el Golfo de Fonseca. Este, por el contrario, le daría más valor. Porque la civilización y la prosperidad —de lo cual ahora sólo podemos formarnos una vaga idea— se manifestarían con gran vigor en las riberas del Pacífico, y todos los medios de rápido viaje y transporte de los más importantes productos subirían “ipso facto” de valor. Visto lo cual, el canal de Nicaragua jamás podría ser rival del ferrocarril de Honduras. Todo esto resultará evidente para quienquiera que se tome el trabajo de estudiar el caso. Ahora bien, en lo tocante a las dificultades que entraña la construcción del canal a través de Nicaragua, sería necesario tener una demasiada alta opinión del grado de inteligencia y técnica de los caballeros franceses que recientemente se comprometieron a realizar el trabajo, en vez de suponer que no ven y entienden completamente la naturaleza y dificultades de la empresa. Pero no es esto lo que se discute.

Entre las otras rutas y proyectos, el de un ferrocarril a través del Istmo de Tehuantepec parece ser el único que podría competir con el de Honduras, pero su falta de bahías adecuadas en ambas terminales anula sus ventajas. Y más todavía, esa ruta quizás convenga a los intereses de Nueva Orleans, pero no a los de Nueva York ni tampoco a los de Inglaterra.

Las distancias entre Liverpool y San Francisco, tocando en Jamaica, son: por la vía de Panamá, 7,980 millas; por Nicaragua, 7,720; por Tehuantepec, 7,740; por Honduras, 7,320 millas. La distancia entre Nueva York y San Francisco, por la vía de Panamá es de 5,224 millas; por Nicaragua, 4,700; por Tehuantepec, 4,200; por Honduras, 4,121, con lo que se ahorran —cruzando Honduras en vez de Panamá— 1,103 millas.

Lo que afecta a la cuestión comercial y política ha retardado la realización de semejante obra, a la cabeza de la cual hay hombres con el más poderoso respaldo financiero que están resueltos a emprenderla en la primera oportunidad, y no escatiman esfuerzos para coronarla con todo éxito.

CAPITULO XII

Observaciones sobre la América Central — Posición geográfica e importancia política — Ventajas naturales y probabilidades futuras — Cómo podrían armonizarse los intereses de Inglaterra y Estados Unidos en la América Central — Inmigración europea — Refutación de los prejuicios referentes a su clima — Abundancia de mano de obra nativa y cómo tratar a los jornaleros.

Por su posición geográfica respecto al reciente desarrollo de los países con costa al Océano Pacífico, la América Central despierta ahora mucho interés. California y Oregón, Columbia Británica, Australia, Japón y China, son regiones que hay que tomar muy en cuenta en la escala de la importancia política de la América Central. Sin embargo, no se le hará plena justicia si sólo se toma en consideración la importancia que tiene gracias a sus diversas rutas de tránsito interoceánico. Si el istmo que une al Africa con Asia, y que separa el Golfo de Arabia del Mediterráneo, no ofrece a la civilización de la presente era más que el hecho de separar lo que debiera unir y une lo que bien pudiera estar separado, el caso de la América Central es en cambio muy diferente. Este es un extenso país con el que ha sido pródiga la naturaleza, juntando a las ventajas que tiene un archipiélago de ser la región más favorecida de un continente; es además un país abierto por todos los rumbos al comercio mundial; un país con gran diversidad de climas y de tierras, y variedad de zonas para gentes de todas las razas, gustos y ocupaciones, y todo ello en las cercanías de los dos grandes océanos del mundo; un país cuyas entrañas sudan muchos de los más valiosos minerales; un país que nutre a millones de animales domésticos, y que es capaz de dar los más ricos productos del reino vegetal de todas las zonas, desde la papa, la cebada, y la avena de Irlanda y de Escocia, hasta el azúcar, el café, y el cacao, el algodón y el añil, el banano, el coco y las especies de la Oceanía; un país habitado por hombres incapaces de gobernarse, es la verdad, ya sea en materia de política o en cuestiones de industria, pero con excelentes y provechosas cualidades —si se les dirige con inteligencia y comprensión— y muy bien adaptadas por sus gradaciones de casta derivadas de la mezcla de tres razas a las necesidades ambientales de una topografía muy irregular. Y la Providencia colocó a este país

en el vórtice del torbellino de una civilización que ha comenzado a esparcirse en nuestra era. La combinación de estas ventajas no tiene paralelo, y no vacilo en confesar que, según mi parecer, la América Central, tomada en conjunto, es la mejor dotada región del globo, y creo que está destinada a desempeñar un glorioso papel en la historia venidera.

Los norteamericanos, que en esas cuestiones son pioneros por instinto, descubren el más apropiado sitio para fundar una ciudad, y prevén en qué dirección se expandirá, y hasta en qué calle tendrán mejor valor los solares, presienten las magníficas oportunidades que ofrece la América Central; mientras que, si hay algo que rompa la barrera del sentido común, es el sistema empleado por Inglaterra en este hermoso país que es la América Central. Porque si Inglaterra, en vez de haber contribuido metódicamente a la ruina de esas repúblicas inermes, hubiera prestado auxilio al Partido Liberal centroamericano —el que siempre ha propiciado la inmigración extranjera, la tolerancia religiosa, y toda filosofía de prosperidad y cultura— existiría ahora una confederación de repúblicas centroamericanas lo suficientemente fuerte, en virtud de su numerosa población, intelecto y capital extranjeros, para impedir toda idea de anexión a Estados Unidos, o la reintroducción de la esclavitud. Y no habría habido guerras civiles ni invasión de William Walker; y porque siendo en cambio un país próspero importaría diez veces más de la mercadería británica que actualmente importa esa población paupérrima, habitantes todos ellos de ciudades en ruina y dueños de haciendas abandonadas. La Mosquitia y Yucatán bien pudieron haberse incorporado a la federación, y quiero creer que Belice hubiera aumentado el número de estados a ocho. Nada hubiera perdido Inglaterra; en cambio, habría ganado en todo respecto si hubiese empleado una política así en la América Central; lo cual ha estado y está todavía en manos del gobierno británico. Y de haberlo hecho así Inglaterra se habría evitado muchas desagradables negociaciones e innecesarias dificultades con Estados Unidos. Por otra parte, la influencia británica en América hubiera afirmado su poder en forma tan noble y lícita que Estados Unidos habría respaldado a los adversarios de la esclavitud, del filibusterismo, de la arriesgada extensión territorial, y de las iniquidades políticas. Una política semejante hubiera armonizado los superiores intereses de Inglaterra con los de Estados Unidos, con los de la propia América Central, y con los de la civilización en general.

Y no es demasiado tarde todavía. Cualesquiera sean las dificultades que aún afectan a la América Central, o que pudieran surgir en el futuro, la finalidad de Inglaterra debiera ser siempre el establecimiento y la prosperidad de una confederación centroamericana, reforzada por la inmigración, la inteligencia, la capacitación, el capital y la empresa extranjeras; todo llegaría allá atraído por obras de progreso como es el Ferrocarril Interocéánico de Honduras; por las facilidades ofrecidas en todo orden de intercambio con el resto del mundo; por la oportunidad de inversiones provechosas; y por los atractivos naturales del país, sus bellos paisajes, su fertilidad y su clima.

Usted admitirá que los espíritus no pueden estar al mismo tiempo en dos lugares. Ahora bien, cuando Dios envía ángeles a la tierra en ayuda de los hombres, encargándoles una misión, tienen que transmitir el mensaje y recibir nuevas instrucciones; y la cosa está en saber cuán rápidamente pueden hacer esto, puesto que si han de ayudar al hombre, y tienen primero que volar a recabar instrucciones, esto podría tomarles mucho tiempo, y la ayuda llegaría demasiado tarde”.

El ministro trató de explicar el caso diciendo que los espíritus pueden recibir nuevas instrucciones en cualquier lugar, dado que están en todas partes “en esa atmósfera espiritual que los une con el Señor”. Pero el granjero parecía saborear su casuismo, y no se mostró satisfecho con el razonamiento del otro.

Aquí la conversación tomó un nuevo sesgo, pasando a los golpecitos rápidos y secos de los espíritus de las hermanas Fox, de Rochester, cuando en eso intervino un tercero en el coloquio. Los tres refutaron la teoría. El granjero dijo que sólo creería a las señoritas Fox si no aceptaran dinero; pero, siendo como era lo contrario, opinaba que eso de los golpecitos era todo cuestión de plata. “Y lo peor vendrá después”, añadió el ministro que al parecer tenía experiencia en ese particular. “Escribirán un libro con la colección de las revelaciones de los espíritus; dirán que es un libro sagrado, y su venta producirá mucho dinero”. Parece que tenía prejuicio contra los espíritus heterodoxos, pero al mismo tiempo hizo esta observación científica: que cualquiera fuese la clase de ruidos que se oyera, tenía que ser obra de las leyes naturales. “Esa cuestión, observó el granjero, “ha sido causa de mucha infelicidad”; agregando que “en el manicomio de Kentucky hay quince mujeres a quienes los trucos de espiritistas volvieron locas. Se sabe del caso de cierta joven que recibió una carta supuestamente escrita por un espíritu, en que se le pedía escribir a sus difuntos padres; y se le decía que si estaban en la gloria le contestarían inmediatamente. La muchacha hizo lo indicado, y, al no recibir nunca respuesta, llegó a la conclusión de que sus padres estaban en el infierno. Esto la afectó de tal manera que perdió la razón”. “No puedo asegurar si los espíritus existen o no”, observó el tercer caballero, “pero, aún cuando existieran, no veo que se saque de ello nada práctico”. En este razonamiento convinieron todos y se dio por terminada la conversación.

Al día siguiente vimos algunos de los más bellos parajes del Valle del Misisipí. Las colinas (o morros, como se las llama) están muy cerca del río, y sus laderas, frecuentemente rocosas, dan un carácter peculiar al monótono paisaje de bosques y agua.

Llegamos de noche a San Luis, en donde estuvimos dos días ocupados en cuestiones relacionadas con el viaje. Yo sólo pude disponer de dos horas que dediqué a visitar varios amigos de allí y a conocer otros. De la ciudad y sus alrededores no vi nada que valiera la pena agregar a lo que ya se conoce.

El 30 nos embarcamos rumbo a Weyne City, pequeño lugar de unas pocas casas que bien puede llamarse el puerto de Independence. Salimos de San Luis a mediodía, y en la tarde llegamos a la boca del Misurí, cuyas aguas leonadas y espesas contrastan fuertemente con la clara corriente del alto Misisipí. Esta diferencia es perceptible hasta bastante abajo de San Luis, después de la confluencia, sobre ambos lados de la corriente unida, y más todavía en realidad río abajo hasta la boca del Ohio, hasta que todo el Misisipí se convierte en una sola corriente lodosa. Al entrar en el Misurí el vapor tuvo que luchar contra una fuerte corriente. En la confluencia de estos dos ríos sus riberas se elevan hasta regular altura y forman lomas de cimas planas.

Al anochecer vimos la ribera occidental del Misurí formada por una loma arbolada, al pie de la cual se extiende un bajo paredón horizontal con estratos de piedra caliza. Robles, algarrobos, limas, olmos, sicomoros, y gran variedad de matorrales, sombrean este paredón rocoso; en su base brotan numerosos manantiales, y se ven allí dispersas algunas miserables cabañas de troncos de árbol habitadas por franceses de la vieja población de Misurí, cuyas tierras cultivadas están quizá detrás de las lomas. Cerca del río no se ve nada de sembrados.

Una tormenta eléctrica nos obligó a pernoctar allí. Al continuar el viaje por la mañana notamos que las riberas del río se alzaban por ambos lados; en algunos claros se veía de rato en rato una casa con su propio solar. Las tierras bajas de las cercanías del río están cubiertas de álamos, sicomoros y sauces. El río inunda aquí las orillas de ambos lados, arrastrando los árboles viejos. En la banda opuesta, se forman bancos de arena que muy pronto se cubren de álamos y sauces, los que a distancia, cuando no han crecido mucho, más parecen un lujuriente maizal que una selva de árboles jóvenes. Las selvas de las orillas, formadas por árboles de diversas edades, dan variedad al paisaje.

Jefferson City, la capital de Misurí, por donde pasamos a mediodía del 2 de Julio, es una ciudad pequeña, consistente en su mayor parte de casas dispersas, asentada sobre una eminencia sin árboles y rasgada por cañadas. El Capitolio, edificio grande de piedra, con pórtico semi-circular y torre con cúpula en el centro, se yergue en una colina verde, sobre el río, coronando un promontorio rocoso. En la noche pasamos Boomville, en la mañana Glasgow, y Brunswick más tarde en el día. De todos los lugares que vi en el río, Miami es la ciudad mejor situada; está sobre un cerro abrupto cubierto de yerba y robles que señorea el río. Antes de llegar a Lexington, el siguiente día, vi, sobre un banco de arena del río, una larga fila de ganosos silvestres que trataban de correr parejas con nuestro barco. Era cómico ver los esfuerzos que hacían los torpes animales para no quedarse atrás, mientras el vapor avanzaba lentamente contra la fuerte corriente. Lexington descansa en parte sobre una loma, y en parte al pie de ella, a la vera del río; todas las casas tienen en el fondo su propio depósito de carbón. La loma tiene una veta carbonífera de la que se surten los vecinos. En la orilla vimos los restos de un vapor que había estallado allí meses atrás. De

efectivo, y es una rareza que no los engañen en las cuentas. Un europeo que se establezca en Honduras o en cualquier otra parte de la América Central, que actúe honradamente, con firmeza, con simpatía, y con sinceridad, siempre hallará quien le quiera trabajar. La población, es cosa sabida ya, se ha vuelto haragana y desordenada a causa del prolongado desbarajuste de la situación política y de la ruina casi total de la agricultura, de las minas y del comercio. Mucho habría de agradecerseles a empresas tales como la del ferrocarril hondureño, y a cualesquiera otras que en lo futuro se establecieran en esa zona o en cualquier otra de la América Central, si redimieran a ese bello país de los efectos perniciosos de una época muy deplorable.